

MUÑOZ DE ARCE
CUENTOS
FANTÁSTICOS
COLECCION UNIVERSO

MUÑOZ DE ARCE

EDITORIAL
OPERA
UNIVERSO

La infancia y la adolescencia de GASPAR NÚÑEZ DE ARCE transcurrieron a la sombra de dos viejas ciudades castellanas. Nacido en Valladolid el 4 de septiembre de 1834, se trasladó después con su familia a Toledo, donde, a los quince años, se dió a conocer como poeta con un drama en verso titulado AMOR Y ORGULLO. A los dieciocho, hubo de dar un paso decisivo para su vida y su carrera: huyó un buen día de Toledo, camino de Madrid, para eludir los designios de la autoridad paterna que pretendía orientar hacia las disciplinas eclesiásticas las excepcionales dotes del joven. Recién llegado a la capital de España, el periodismo le abrió generosamente las puertas y a su amparo hizo las primeras armas en la literatura y en la política. Lírico por excelencia, supo traducir en sus versos, modelo de lenguaje, de elegancia y de perfección métrica, las emociones contradictorias de una de las épocas más funestas y tristes de la historia de su patria. Después de GRITOS DE COMBATE, publicó los hermosos poemas LA ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, EL IDILIO, LA SELVA OSCURA, LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN, LA PESCA, etcétera. Ensayó asimismo el teatro con obras como EL HAZ DE LEÑA, y en prosa dejó, además de gran número de crónicas y artículos, relatos llenos de gracejo, como CUENTOS DE LA OTRA VIDA, y los que recogemos en el presente volumen con el título de CUENTOS FANTÁSTICOS. En 1876 ingresó en la Academia Española. En cuanto a su vida política, Núñez de Arce conoció el destierro y ocupó importantes cargos. Falleció en Madrid el 9 de junio de 1903.



CUENTOS FANTASTICOS

+ 1318343

Aunque Gaspar Núñez de Arce fué sobre todo altísimo poeta —uno de los grandes líricos castellanos del último tercio del siglo XIX— y como tal voz augusta y solemne de las más nobles devociones espirituales, no desdeñó ofrecer a su pluma la vocación risueña que representan estos Cuentos fantásticos. Con las galas de su lenguaje castizo al servicio de una imaginación poderosa y atrevida, nos brinda aquí una lección moral, impregnada de humor, llevándonos de la mano hacia un más allá, ora escalofriante, ora divertido, en el que si aparecen brujas y trasgos en conflicto con el hombre y el amor, no faltan diablos bondadosos que, lejos de enseñarse con el pobre mortal, saben enseñarle paternalmente el camino de la paz, de la conciencia y del bien.

COLECCION UNIVERSO

NUÑEZ DE ARCE

CUENTOS
FANTASTICOS

TEXTO INTEGRO



BUENOS AIRES
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116

Derechos reservados
Copyright 1946 by Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11723

PRIMERA EDICION, FEBRERO DE 1946

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINA
IMPRIMÉ ET PUBLIÉ EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO NELL'ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITADO NA ARGENTINA

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

A MI AMIGO

D. JUAN ANTONIO BIEDMA

Rescatando mi palabra empeñada, te dedico este cuento, el primero de una colección de fantasías, sueños, o caprichos, como quiera llamárselos, que estoy escribiendo. Acaso te maraville el papel que en él representa el diablo y censures el carácter de mansedumbre, buena fe y abnegación con que le hago aparecer en escena; pero habiendo creado Lesage diablos agradecidos, me ha parecido que también podría yo crear diablos honrados y bonachones.

Confieso ingenuamente que es difícil determinar el pensamiento predominante del cuento que te dedico; ni sé si es escéptico o crédulo, ni sé lo que quiere probar ni lo que prueba, si es que prueba algo. Hijo de mi imaginación, impresionable y veleidosa, participa de todo y es confuso torbellino de negaciones y afirmaciones, amarguras y consuelos, que así puede hacer reír como llorar.

Algunas veces notarás en él poca propiedad de lenguaje; pero no es completamente mía la culpa. Para pintar con claridad estados del ánimo que podríamos llamar abstractos, he tenido precisión de emplear palabras que, aun cuando materialicen demasiado la

NUÑEZ DE ARCE

idea, son comprensibles para todos. Entre la propiedad y la claridad, no he vacilado un solo momento y he optado por la segunda, de lo cual no estoy arrepentido.

Tal como es, espero, con todo, que aceptes este cuento como la sincera expresión del cariño que te profesa tu afectísimo amigo,

NUÑEZ DE ARCE.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

I

—Bebamos, bebamos...

—Dices bien. Llena las copas, y ¡bebamos!

—La vida se acaba pronto, y es bueno gozar de ella.

—¡Gocemos pues! Mañana descansaremos en el cementerio.

—¿Quién os lo ha dicho? La muerte no es el reposo...

—¿No?

—No; y creedme, porque os lo dice uno que ha estado muerto.

—¡Tú! Vamos, el vino se te ha subido a la cabeza.

—Sois demasiado incrédulos. ¿Queréis que os cuente la historia de esta horrible cicatriz que desfigura mi rostro?

—Sí, ¡cuéntala!

—No hagas caso de ese beodo, y déjate de cuentos. ¡A beber!

—Como queráis. Deseaba hablaros de aquellos tiempos en que estuve muerto, de aquel paréntesis misterioso de mi vida...

—Pues habla y bebe...

—Sí, sí...

—¡No! ¡no!

NUÑEZ DE ARCE

—Tú calla y duerme.

—Puesto que os empeñáis, empiezo mi historia. Resignado, si no tranquilo, vivía yo en Granada, escribiendo versos y enamorando andaluzas, cuando la maldita ambición me trastornó el cerebro; dióme por soñar con coronas de laurel, con Napoleón y Byron, y sin más ni más hice mi maleta, me escapé de la casa paterna y di con mis huesos en la corte, donde pensaba encontrar ancho teatro para mis glorias. Entré en Madrid con cincuenta duros en junto y un millón de esperanzas, falto de amigos y recomendaciones; mas sin apurarme por nada ¿quién se apura a los veinte años? Instaléme en una fonda ostentosa, y me propuse vivir como si tuviese todas las noches un ángel de la guarda en figura de media onza, velándome el sueño. Yo estaba vestido.

Tenía, además de las prendas necesarias para presentarme convenientemente en las reuniones más aristocráticas, varias joyas de algún valor, entre otras, un par de gemelos de brillantes, que había heredado, y un magnífico reloj de oro, con cadena y dijes, regalo de un tío mío, canónigo en la santa iglesia catedral de Granada. Cualquiera, pues, viendo mi porte, habría podido tomarme por el hijo de un grande de España, ya que no por uno de esos príncipes que ahora se usan, y están siempre visitando las cortes de Europa de incógnito... *conocido*.

Dejadme llorar sobre las ruinas de mi elegancia perdida, hoy que puedo salirme, sin tropezar en los bordes, por los agujeros de mi capa.

Pero prosigo. La vanidad, que había sido el móvil
10 de mi escapatoria, se empeñó en perderme y se sa-

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

lió con la suya. Marchaba yo por las calles de la coronada villa con la cabeza erguida, la mirada altanera y el paso majestuoso y lento, como diciéndolo a cuantos se cruzaban en mi camino: «Paraos y admirad, que no siempre se os presentará tan buena ocasión.» Ocioso me parece advertiros que nadie reparó en mí, ni me *comprendió*, lo cual no es extraño, porque tampoco yo me comprendía, y que en estas bienandanzas del amor propio, di fin a mi último real sin haber realizado la última de mis ilusiones.

¡Cuánto echaba yo de menos en mi solitario aislamiento, conforme iba sintiendo los estragos de la pobreza, las frases cariñosas de mi tío el canónigo y de sus contertulios, aquellas frases que penetraban hasta lo íntimo de mi corazón, como animándole para mayores empresas! Ya no oía decir a mi alrededor: «Este chico promete. La verdad es que mi sobrino tiene muchísimo ingenio, y que, si no se malogra, llegará a ser honra de su familia y de su patria.»

Ya no veía a mi madre llorar y reír de gozo, siempre que escuchaba mis alabanzas.

Ni a mi tío esponjarse de alegría. Ni a mis hermanas... ¡pero, adelante!

Según creo haberos dicho, mis ilusiones duraron poco, desvaneciéndose tan rápidamente como los juramentos de amor, que se olvidan a los breves días de haberlos prestado. Escribí varias poesías lacrimosas en que agoté todos los sentimientos de mi alma desengañada y abatida, y las publiqué en un periódico semanal de literatura, que leíamos sólo sus redactores. Y como cada día iba estrechándome más el círculo de hierro de la necesidad, pretendí ver si

NUÑEZ DE ARCE

para remediarme, vendía una novela romántica, *El jorobado*, que había compuesto en mis horas de decepción; mas fueron infructuosos cuantos pasos di en busca del editor, hallándome al cabo de dos meses de inútiles tentativas, lleno de manuscritos y deudas, con mucho genio, al decir de las gentes, pero sin una peseta.

Para colmo de desgracia, el amor, ese diablo jugueteón que se divierte en turbar el sosiego de los mortales, encendiendo lo mismo la sangre del adolescente que la del viejo, se apoderó con violencia incontrarrestable de mis sentidos. Yo que había resistido las miradas de fuego de mis apasionadas paisanas, rendíme a la celeste dulzura de unos ojos azules y quedé preso en las hebras de unos cabellos rubios, como las espigas de trigo doradas por el sol. ¡Qué encantadora era Elena! Figuraos un ángel, aéreo como la ilusión naciente, bullicioso a veces como la primera brisa de mayo y a veces melancólico como una despedida... Pero no os figuréis un ángel sino un demonio. Aquel vaso tan maravillosamente cincelado, hecho para ofrecer el néctar a los dioses, sólo encerraba veneno; aquel cuerpo tan celestial no tenía un alma que le animara: era orgullosa y seca; amaba sólo la vanidad y el fausto; preciábase de hermosa, y estimaba más una adulación que una caricia. ¡Cuántos dolores me hizo sufrir aquella mujer que no valía siquiera una lágrima! ¡Verdad es que una lágrima, si brota del corazón, vale tanto!

Ya no era yo el joven elegante y presuntuoso de
12 otros tiempos; la escena había cambiado del todo.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

Mi reloj y mis mejores trajes estaban empeñados, y no conservaba de mi antigua opulencia más que un gabán raído, unos pantalones con fleco y un sombrero blanco... pero ¿a qué hablaros de mi sombrero? ¡Hay memorias que parten el alma! Podéis imaginaros, sin que os lo diga, cuán escasa impresión causaría yo con semejante facha en el ánimo de mi idolatrada rubia. Abrumóme a desaires que soporté con paciencia de un enamorado, la más elástica de todas, y últimamente puso entre los dos un abismo insondable; puso un par de charreteras; se casó con un capitán.

¡Qué odio cobré entonces a la milicia!

Durante los primeros días, bajo el penoso recuerdo de la ingratitud de Elena, la sola aparición de un soldado excitaba mis nervios, haciéndome llegar al paroxismo de la ira.

Luego fué lentamente extinguiéndose mi rencor; después miré al ejército sin prevención alguna, y acabé, por fin, por tener lástima de los capitanes...

Esto hace el elogio de Elena. Pero no anticipemos los sucesos.

Cuando llega un mal, nunca llega solo.

El desengaño de mi amor, el agotamiento de mis últimos recursos y la censura de un folleto que había impreso por mi cuenta, escrita con hiel y vinagre por un crítico a quien regalé el último ejemplar que había salido de la librería, me sorprendieron de golpe. Vuestras conciencias crapulosas no son capaces de apreciar la inmensa angustia que se apoderó de mí; por espacio de dos días estuve como loco, y no cruzaron por mi mente sino ideas de

NUÑEZ DE ARCE

exterminio y venganza. Arrastrado por la violencia de mi resentimiento, entré en casa de mi dulce enemiga, resuelto a culparla por su inicuo proceder; pero no bien se fijaron mis ojos en su deslumbradora hermosura, cuando olvidé mis proyectos y sólo tuve fuerzas para llorar delante de ella, como un niño.

Elena, que no pecaba de sensible, se burló cruelmente de mi debilidad; los celos, sin embargo, avivaron de nuevo las mal apagadas cenizas de mi cólera; mas cuando ya repuesto de mi flaqueza, iba a increparla como se merecía, señalóme orgullosamente la puerta, poniéndose con la mayor imperturbabilidad y desenvoltura a tocar la marcha real en el piano. Apenas tengo derecho a quejarme: ¿no era esto despedirme regiamente?

Es verdad que yo, herido en lo más profundo de mi alma, en mis ilusiones de hombre y en mis esperanzas de poeta, era como un rey destronado. Pero ¿quién hace caso, en estos tiempos escépticos y calamitosos, de los reyes sin corona?

—¿Y qué hiciste después de esta aventura?

—¿Qué hice? Sabía yo que la embriaguez es buena amiga, algo inquieta, pero leal, y me propuse ahogar mis penas en alcohol. Con este intento, entré en un café, de donde era parroquiano asiduo, o mejor dicho, deudor impenitente; atravesé, huyendo del bullicio, el salón principal del establecimiento y me refugié en un gabinete apartado y reducido, que sólo frecuentábamos unos cuantos amigos de la *bohemia* literaria.

14 Hostigado por mis desesperadas ideas, dejéme caer

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

en una banquetta, confuso y abatido, sin reparar en un hombre misterioso, extraño a nuestras habituales reuniones, que estaba a la sazón tomando una copa de ajenjo en la mesa inmediata.

—¡Mozo! —grité dando una fuerte palmada en la tabla de mármol—, tráeme pronto ron, aguardiente, marrasquino, lo que quieras.

A los pocos minutos estaba ya servido.

Entonces empecé a apurar copa tras copa con verdadera ansia, no parando mientes en el desconocido, que, desde que entré no había apartado sus ojos de mí, observándome con curiosidad mal disimulada.

No tardé mucho, con mis continuas libaciones, en ponerme alegre como escolar en día de asueto. Comencé a hablar solo con la volubilidad del borracho; renegué del amor, escarnecí a la sociedad, y los licores me hicieron confesar que no había en el mundo quien valiera lo que una buena botella de ron.

¡Qué filosófico estuve entonces! En aquella ocasión fui profundamente escéptico; comprendí toda la pequeñez de los ensueños de la vida, burléme de la ambición, de la amistad, del alma, del cielo... y de todo esto deduje que Byron debía embriagarse muy a menudo.

—La mujer vale bien poco —recuerdo que dije entre otras muchas sandeces—. Nace sólo para reírse del hombre...

—Menos vale el hombre —exclamó sonriendo el desconocido— pues nace para que se rían de él.

—Tienes razón —repliqué con acento trémulo, haciendo inútiles esfuerzos por levantarme de la ban-

queta en donde ya estaba más tendido que sentado—. Tienes razón. ¿Quieres beber? Bebe...

—No.

—Bebe o reñimos — añadí con aire ridículamente grave.

Mi interlocutor se aproximó a la mesa, llenó de ron una copa y la apuró de un solo trago.

Entonces reparé en él.

Era un hombre extraordinario, cuya edad habría sido difícil calcular con acierto. Parecía a la vez joven y viejo, robusto y débil, atrevido y tímido: el brillo siniestro de sus negros ojos, en donde la juventud bullía, contrastaba por extraño modo con el color plateado de su bigote y luenga cabellera, erizada como la hirsuta piel de una fiera enfurecida, y su aspecto sombrío contrastaba con la sonrisa burlesca que vagaba en sus labios apretados y lívidos.

A pesar de mi estado, la presencia de aquel personaje singular me impuso. Veíanse impresas en su rostro las huellas de un crimen o de un infortunio —acaso de ambas cosas a la vez—, y su mirada era tan penetrante y fría como la punta de un puñal. La pena y la resignación, el remordimiento y la ira, el genio y la impotencia, todas cuantas grandezas y torturas caben en el corazón humano, se reflejaban al mismo tiempo en aquella fisonomía expresiva y amenazadora, animada y doliente...

—¿Quién era?

—¿Sería el diablo?

—El mismo, señores, el mismo. Pero dejadme proseguir, y no me interrumpáis a cada momento.

16 —Joven —exclamó fijando en mí su vista fasci-

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

nadora—, te he oído negarlo todo, y me has dado lástima. Eres hijo legítimo de este siglo incrédulo que, según el Evangelio, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no escucha, marcha y niega el movimiento. Concibo que en las edades bárbaras, cuando el hombre, oprimido por su miseria intelectual y física, vegetaba indolente y sufrido bajo el látigo de las mayores tiranías, dudase de todo, de la finalidad de su destino para él incomprensible, hasta de sus propias fuerzas; pero ahora vuestras dudas son una blasfemia. ¡Ojalá fuesen verdad!

Yo le miraba atónito; su frase inspirada y ardiente resonaba en mi corazón como un versículo bíblico, subyugándome, a mi pesar, aquel hombre misterioso que parecía consumido por el fuego de la fe y la fiebre del pensamiento.

Sin embargo, animado algún tanto por mi creciente embriaguez, me aventuré a decir con acento sarcástico y presuntuoso:

—¡Vamos! El doctor Pangloss vive aún para regocijo del género humano.

—¡Cosa singular! —añadió mi interlocutor, como si no oyera mis palabras—, a medida que la humanidad va adelantando en su camino, menos fe tiene en sí misma y más desconfía de su triunfo definitivo. Si se levantasen del polvo las míseras generaciones de la Edad Media, se avergonzarían de veros, hijos de la Edad Presente. Ellas, expuestas a todos los caprichos de la violencia, sumergidas en las tinieblas de la ignorancia, creían en Dios y tendían los brazos hacia lo porvenir como un náufrago hacia la playa hospitalaria que divisa a lo lejos, y vos- 17

NUÑEZ DE ARCE

otros, a quienes llegan ya los perfumados efluvios de esa misma playa, negáis lo que veis y dudáis de vuestra salvación.

—¡Ah! ¡cómo se ve que no has sufrido! —exclamé suspirando.

—¡Que no he sufrido! —replicó—. Joven, en una hora de mi vida sufro más que cuantas generaciones han existido y existirán sobre el haz de la tierra, porque padezco sin esperanza de remedio. Llegará un día, quizás esté cercano, en que el hombre se regenera; pero yo nunca podré regenerarme.

—¿Quién eres, pues? —le pregunté sorprendido.

—Nada te importa —respondió—. En medio de los dolores que os asaltan, el cielo os ha concedido el consuelo de las lágrimas, y yo no puedo llorar; ha arrojado en vuestros corazones la semilla del amor puro, que a mí me está vedado; os ha dado el descanso de la muerte y yo no puedo morir.

Difícilmente podría explicaros el efecto que las dolientes palabras de mi improvisado compañero produjeron en mi ánimo; disipáronse del todo las nieblas de la borrachera que iban invadiendo mi espíritu, y quedé como petrificado ante aquel ser maravilloso que, según confesión propia, no podía obtener ningún consuelo, ni el llanto, ni el amor, ni la muerte.

—Pero no hablemos de mí —añadió en seguida cambiando de tono—. En vano querriás comprender la intensidad de mi desventura. En vuestra manía de negarlo todo os parecéis a aquel filósofo extravagante que negaba su propia existencia. ¿No has amado y amas aún? Pues entonces, ¿por qué niegas el amor?

18 ¿No ves a tu lado las estatuas de los héroes y de

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

los genios? Pues entonces, ¿por qué dudas de la gloria? ¿No has estado hace poco tiempo expuesto a perder la vida por un antiguo discípulo? Pues entonces, ¿por qué niegas la amistad? ¿Nunca se ha sublevado tu conciencia contra la opresión? ¿Nunca has llorado contemplando algún infortunio? ¿Nunca has protestado contra la injusticia? Pues si esto has hecho, ¿cómo te atreves a sostener que no hay en el mundo grandezas, ni piedad, ni ternura, ni abnegación? Eres hombre, y como a todos, el orgullo te ciega y extravía; crees que tu corazón es el único tabernáculo del sentimiento y piensas que el alma de cuantos te rodean no se agita como la tuya, ni tiene las mismas fibras, ni sufre los mismos dolores. Cada ser humano tiene tal idea de su importancia individual, que en su orgullo mira a los demás como inferiores; pero esta misma idea le engrandece, empujándole por el camino de su perfección, porque vendrá un día, en que sin perder el convencimiento de su fuerza, comprenda la igualdad moral de su raza, como ha comprendido ya la igualdad legal y política, y entonces desaparecerán para siempre todas las tiranías: la del fanatismo, la de la autoridad y la del dinero... Ese día se aproxima...

—¿Dónde está? —le interrumpí con aire de triunfo—. Veo, por todas partes, una sociedad caduca, seca como el egoísmo que la devora, gastada y corrompida...

—Pues bien —me interrumpió el desconocido—, en esas condiciones de muerte de la sociedad moderna, ¿no ves el augurio de la futura? Si en ésta en que vivís sólo imperan la injusticia, el fraude,

la perversión y la infamia; si propende a empujarnos y abatirnos, ¿por qué os lamentáis de la gangrena que corroee sus entrañas, ya infecundas? La corrupción sólo se engendra en los cadáveres; todo lo que está corrompido, está muerto. Pero como la humanidad no puede perecer, debéis abrigar el convencimiento de que en el fondo de esta civilización brillante, pero podrida, está fermentando ya el germen de otra nueva sociedad.

—Y mientras tanto —exclamé con profunda desesperación— los que hemos tenido la desgracia de nacer en esta época de prueba, sentimos nuestro corazón desgarrado; respiramos un aire saturado de amargos rencores y vivimos para el martirio.

—Sí —contestó él— avanzáis, como Cristo hacia el Calvario, en busca de otra redención humana y estáis apurando las últimas heces del dolor social para que vuestros hijos nada encuentren en el fondo del amargo cáliz. Vuestra misión es triste, pero sublime.

—¿Y qué debemos hacer cuantos no tengamos fuerzas para el sacrificio? —le pregunté—: ¿qué debemos hacer? Mis heridas brotan sangre; he visto desvanecidas todas mis ilusiones de niño, esas aspiraciones generosas, que según tú, algún día se realizarán; todo lo veo negro, mezquino y despreciable. ¡Todo!

—¿Qué debéis hacer? —me contestó—; padecer con los ojos fijos en lo porvenir, como el mártir cristiano padecía con el pensamiento puesto en Dios, que era también su aspiración y su destino.

20 —Calla —le dije— porque tus palabras me irritan.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

Mañana acaso las generaciones venideras, cuando hojeen el libro de la historia, dedicarán un débil recuerdo a la generación actual, que, a costa de su felicidad propia está preparando la ajena. Pero ¿crees que puedo contentarme con figurar en el catálogo de las víctimas desconocidas, ni que me satisfaga la idea de confundir mi nombre ignorado con su nombre ignorado también, como confundiré el polvo de mi cuerpo con el suyo en el seno de la tierra? ¡Ay! no: mi ambición es más grande; ¡quiero volar! ¡Volar sin perderme nunca en la sombría noche de los tiempos y de las generaciones!

—¡Oh, Señor! —exclamó el hombre misterioso con voz entrecortada—, ¡cómo me castigas! El orgullo fué mi culpa y me abandonaste, cerrándome el corazón para el placer, y arrojándome del edén en donde moras coronado de eternos resplandores: el orgullo es el delito del hombre, y no sólo lo consientes, tendiendo sobre él tu mano benéfica, sino que animas su entendimiento para que se eleve hasta ti; ¡hasta ti de quien reniega!

—¡Ser mártir! —exclamé sin hacer caso de su angustiosa queja—, ¿no vale más ser tirano? La raza humana se acuerda más de quien la diezma que de quien la sirve. Dime sino cómo se llaman las infinitas víctimas de Nerón, de Calígula y de tantos y tantos monstruos como han assolado el mundo. Dímelo si lo sabes. La historia guarda silencio sobre el mayor número de estas infelices criaturas; pero no se ha olvidado de sus sacrificadores; han pasado los siglos, y todavía está presente su nombre en la memoria de los pueblos.

NUÑEZ DE ARCE

—Es decir, que pesa sobre ellos una maldición perdurable como la mía...

—Ja... ja... —repuse irónicamente—. ¡Salida más necia que la tuya! ¿Acaso piensas que les importará un bledo esa maldición?

—Sí —respondió con acento solemne—. Su alma vive, y la execración de la humanidad es su infierno.

—¡Su alma! —añadí con aire de desprecio y duda.

—Su alma, sí —replicó—, que vagará por el espacio, sin oír una sola palabra de conmiseración, ni sentir el dulce consuelo de una lágrima consagrada a su memoria; su alma temerosa como el delito, solitaria como el remordimiento, y abrumada con el anatema de los siglos pasados, presentes y venideros.

—¿Luego el hombre no muere? — pregunté con mofa y escarnio.

—Tú lo has dicho —contestó gravemente mi interlocutor—. El hombre no muere.

—Observo —añadí riendo— que tu filosofía es bastante antigua.

—Si dudas de la misión del hombre en la tierra —me preguntó con sonrisa friamente burlona— y de su eterna existencia inmaterial; si crees que Dios, o la fatalidad, o la naturaleza han creado en él un sarcasmo, y dándole facultades para ser feliz, le han precipitado en el abismo de una desgracia infinita; si de todo esto estás seguro, ¿cómo vives todavía? Aniquílate; destruye con tus propias manos la obra de iniquidad de un Dios indiferente, de una fatalidad ciega o de una naturaleza cruel, y vuelve al polvo de la tumba que es el descanso, la insensibilidad, la nada.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

Ya me parece haberos dicho que el amor propio me domina. El acento irónico con que el desconocido pronunció estas palabras hizome sospechar que dudaba de la firmeza de mis convicciones, juzgándome demasiado débil o cobarde para arrostrar los peligros de su defensa. Así es que con mal reprimida ira le contesté:

—¿Y quién te ha dicho que no he pensado ya en matarme?

—¡Eres loco! —respondióme desdeñosamente—. ¿Imaginas por ventura que no he leído y leo en tu cerebro como en un libro? Nunca la idea del suicidio ha conturbado tu razón.

—Te engañas —repuse exasperado—. Hoy mismo había decidido acabar con mi miserable existencia.

Mi interlocutor soltó una carcajada sardónica que me horripiló, y sacando del bolsillo de su gabán un revólver, me lo ofreció diciendo:

—Seguro estoy de que no quieres morir.

¡Ay! no podré deciros lo que pasó por mí; todas las malas pasiones dormidas se despertaron en el abismo de mi alma. El aire de confianza con que mi improvisado compañero me negaba el valor necesario para poner término a mi vida me indignó contra mí mismo, porque descubría el secreto de mi conciencia; arrebatéle el revólver de las manos, como poseído de un vértigo, y le apoyé en mi sien...

Pero me faltaron las fuerzas y separé de mi frente el arma fatal.

Pensé en mi madre, en los días de mi infancia, en aquellos días de santa inocencia en que ambicionaba como los hombres y soñaba como los ángeles; la fría

NUÑEZ DE ARCE

y pavorosa idea del no ser cruzó por mi mente; tuve miedo y temblé...

Mas cuando al levantar la cabeza hallé clavada en mí la sangrienta mirada del desconocido, en nada pensé ya, turbáronse mis ideas, créime el ludibrio de las gentes y perdí la razón.

Entonces apoyé el revólver en mi barba, disparé, y caí muerto...

—¿Sabes que la historia va interesándome?

—Y a mí.

—Y a mí también; pero me asaltan algunas dudas.

—Dímelas, y veré si puedo aclarártelas.

—En primer lugar, me parece que esé diablo, si lo es, roba su papel a Dios: es un diablo demasiado bueno.

—Quizás tendría buen vino. Además, no es la primera vez que se mete a predicador.

—¡Calla; es verdad!

—En segundo lugar, creo que te suicidaste tontamente.

—¿Y acaso para morir se necesita ingenio?

—Pero, ¿no nos explicas la conducta del diablo?

—Todo llegará a su tiempo. Ahora bebamos.

—Dices bien. ¡Bebamos!...

—¡Bebamos!...

—¡Viva tu diablo y viva el ron!

II

—Cuando me di cuenta de mí mismo, después de haber recibido el golpe mortal, me hallé en un estado que resiste a toda descripción y casi se escapa al análisis; tenía la conciencia de mi ser, pero no veía, ni oía, ni palpaba; la vida material se había extinguido en mí, y sólo conservaba íntegra la vida del sentimiento y la inteligencia.

Acaso no hay en lengua alguna palabras bastante claras y precisas para explicaros mi estado en aquel tránsito solemne de la vida a la muerte, en que, abandonando mi envoltura corporal, me sentí transportado a una región desconocida, muda y negra como la noche.

No podré deciros con certidumbre cuánto tiempo permanecí sumergido en aquel mar de silencio y tinieblas; sólo sé que de repente el espacio se iluminó para mí con vivísimos fulgores, y empecé a percibir extrañas armonías, tan dulces como el recuerdo de las horas felices. Aun cuando no podía verme a mí mismo, veía ya todo cuanto me rodeaba. ¿Qué era yo? ¿Dónde estaba? ¿Cómo vivía? ¿Hallábase encerrado en una forma concreta, recogido en un punto dado del espacio, o esparcido como el aire por la extensión de la atmósfera? Pronto el 25

NUÑEZ DE ARCE

grandioso espectáculo que se ofreció a mi vista inmaterial, me hizo comprender que me hallaba entre las almas de los que han sido, y libre de la cárcel de arcilla donde había estado cautivo durante mi breve pero dolorosa peregrinación por el mundo.

—¿Y qué viste entonces?

—¿Qué vi entonces? ¡Ah! vi lo que la mente humana apenas es capaz de concebir; un mundo etéreo poblado de espíritus dotados de lúcida transparencia, que vagaban por la bóveda infinita envueltos en el manto de las nubes, en la bruma del mar y en la neblina de las horas crepusculares. Mi alma estaba embebecida en la contemplación de este inmenso número de espíritus, tan inmenso como el de las criaturas que de generación en generación han cruzado la tierra; allí estaban las doncellas que habían muerto sin recibir el ósculo del amor, puras y brillantes como la llama que circunda el trono del Eterno; allí los mártires, dolientes todavía como un gemido; allí los venturosos, allí los desgraciados.

¡Desventurados de aquellos que no creen! ¡Mil veces desventurados los que en el soplo del aura que juega con sus cabellos, en el primer rayo de sol que entra a despertarlos en su lecho, en las blandas melodías que hieren de improviso sus oídos y en los presentimientos de su corazón, nada ven, ni oyen, ni entienden; porque en el murmullo del aura, y en el rayo del sol, y en los indecisos rumores de la naturaleza, se les acercan y hablan los espíritus emancipados de la vida terrena, los seres que amarón, la humanidad que ha muerto! ¿Quién no ha

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

creído percibir alguna vez en sus noches de insomnio algo parecido al rápido giro de sombras que pasan, de besos que estallan, de suspiros que se pierden en el silencio y de místicas voces que parecen descender de lo alto o venir de muy lejos? No; la existencia no acaba en la profunda lóbreguez de la fosa; hay un más allá consolador, una esfera ultramundana desde la cual los que han sido velan por los que son, tranquilizándolos en sus aflicciones, enjugando sus lágrimas y cicatrizando sus heridas con el celeste bálsamo del olvido. No lloréis los que hayáis perdido a vuestra madre, a vuestra amante o a un amigo, porque durante las noches sus apacibles almas vendrán a halagaros en forma de sueño; porque la sombra que pasa, el suspiro que os conmueve y la voz que os adormece, son suyos, son recuerdos que os consagran, son sus palabras, son sus caricias.

Pero no creáis que allí todas las almas son felices. ¡Ay no! También el dolor alza su frente tétrica en el seno de la inmortalidad; también hay allí almas solitarias y aisladas en medio de sus compañeras, tan tristes como cuando arrastraban la pesada cadena de su vida mortal.

Son las vírgenes enamoradas que aguardan la venida de su prometido para subir, confundidas en un mismo beso, a la presencia de Dios; son los tiranos y los verdugos que no encuentran en el mundo un corazón sobre que posarse ni una memoria que refrescar con su recuerdo; son las madres que anhelan estrechar en su regazo espiritual, como estrecharon en su regazo corpóreo, al hijo de su amor; son los

NUÑEZ DE ARCE

suicidas, de quienes huyen los elegidos del cielo; son las almas que esperan y las que no esperan nada.

Allí están, según os he dicho, los azotes de la humanidad, solos, sombríos y atormentados. ¡Ah! cuánto sería su placer si pudieran borrar con su llanto las huellas de sangre que dejaron impresas en la tierra, para no oír en su aislamiento los gemidos incesantes de sus víctimas, la execración de los vivos y la interminable acusación de los muertos! Su espíritu gira por el espacio abrumado de fatiga; cada hora, cada día, cada siglo que pasa, deposita sobre su memoria un anatema sin fin, y la historia implacable transmite de generación en generación su aborrecido nombre para que nunca terminen las maldiciones de la humanidad.

Cuando más absorto estaba en la contemplación de aquel mundo maravilloso, sentíme de súbito arrebatado como por fuerza interior y secreta, y otro nuevo cuadro apareció ante mí. Halléme en la corte de España, crucé rápidamente como un pájaro sus arterias principales, y por último, detuve el vuelo sobre la calle de Fuencarral, que a mis pies animada y bulliciosa se extendía. Precisamente pasaba por ella a la sazón un carro mortuorio, y sin dificultad comprenderéis mi sorpresa cuando os diga que en él, encerrado en humilde caja de pino forrada de tela negra, alcancé a ver al través de la tapa un cuerpo muerto, cuyo desfigurado y amarillento rostro conocí en seguida. ¿Cómo no, si era el mío?

Marchaba detrás de mis restos mortales larga comitiva de amigos, émulos y curiosos que conducían
28 mi cadáver a la última morada con la mayor in-

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

diferencia del mundo. Entonces vi que muchas personas señalaban mis fúnebres despojos, como lamentándose de mi trágico fin, y que otras leían, aplaudiéndolas, varias poesías impresas en el periódico de un editor que me había despreciado en vida: todo esto vi sin poder llorar, ni aplaudir, ni reirme.

Un incidente inesperado vino a sacarme de mi meditación. Mi entierro se detuvo, y la gente comenzó a arremolinarse alrededor del coche mortuario que me conducía, o mejor dicho, que conducía la parte material de mi ser. Unos gritaban, otros levantaban las manos al cielo, y algunos se reían, sin que acertara a explicarme la causa de tanta algazara y confusión. Mas cuando me disponía a averiguarlo, la fuerza impulsora que se había apoderado de mí, arrebatóme de nuevo, alejándome del sitio en que mi cuerpo estaba expuesto a la curiosidad pública, con tanta rapidez como si volara empujado por el huracán.

«¿Qué les habrá pasado a mis pobres restos mortales —pensaba yo al separarme de ellos—, que así llaman la atención?»

Antes de haber terminado mi monólogo, me encontré, sin que supiera cómo ni por dónde había penetrado, en un gabinete sencillo, pero amueblado con gusto y elegancia, donde una dama, que reconocí con placer mezclado de amargura, sostenía en sus convulsas manos un periódico, humedeciéndole con su llanto. Era Elena. ¡Elena hermosa siempre y siempre amada!

¡Qué incomprensible es el corazón femenino! Llo- 29

NUÑEZ DE ARCE

raba por mí, cuyo triste fin acababa de leer en el diario a que estaba subscripta; por mí a quien pocas horas antes había maltratado sin compasión.

La desgracia me perseguía; yo que había vegetado obscuro en la tierra, sin que nadie se fijase en mí, veía después de muerto, elogiado mi mérito, oía entonar una elegía al pie de mi tumba y tocaba en los linderos de la celebridad. Todavía, como si esto no fuera bastante, la mujer que había envenenado los días de mi juventud, mojaba con su llanto mi nombre, adoraba mi recuerdo, lamentábase de mi suerte y comprendía, cuando ya era tarde, la grandeza de mi amor.

El periódico que daba cuenta de mi suerte se expresaba en estos términos:

«Ayer se suicidó, impulsado, según se asegura, por violenta y mal correspondida pasión, el joven poeta don Julián de Mendoza. Las letras han perdido en él un genio, y sus amigos un compañero leal y generoso...»

No quise leer más, y caí en honda melancolía. Es decir, pensaba yo, que el amor y la gloria me buscan cuando ya no pueden encontrarme; que esa mujer y esa sociedad, a quienes veo ahí compadeciéndome, se interesan por los cadáveres y dejan sucumbir a los desgraciados, y juzgan más cómodo enternecerse por un muerto que tender la mano al desvalido!... «No lloréis por mí, porque vosotros me habéis asesinado —habría yo gritado, si hubiese podido—. ¿Qué os pedía para vivir? Un poco de amor y de aprecio, que me negasteis sin escrúpulo, para venir después a arrojar sobre mi sepultura,

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

como un sarcasmo, tú, mujer, el corazón; tú, sociedad, la gloria!»

—Sería oportuno que suprimieses tus lamentaciones.

—Sois intolerantes; pero os complaceré. Prosigo pues mi historia. Otra vez, cuando más sumergido estaba en mis desconsoladoras meditaciones, me sentí arrastrado, a pesar mío, y crucé precipitada y vertiginosamente montes, valles, ciudades y aldeas. Todo desaparecía debajo de mí con celeridad increíble, y si hubiese tenido cuerpo, me habría creído transportado por el caballo, hijo del viento y de la llama, que en el poema de Ariosto dan a Astolfo los encantadores.

Pero no obstante la velocidad con que surcaba los aires, distinguía los campos sembrados de trigo, que agitados por el aura e iluminados por el sol parecían ríos de doradas ondas; los bosques frondosos, las húmedas alamedas, las tranquilas lagunas, los fugitivos arroyos, las casas de los pueblos por encima de los cuales pasaba, y hasta los hombres que a mis pies aparecían como un hormiguero. ¡Ay! bien pronto principié a conocer sitios para mí queridos, que traían a mi memoria suaves recuerdos de la infancia. Entraba en mi país natal; en la tierra donde se había mecido mi cuna y donde no hay caserío, senda, piedra ni árbol que no despierte en mí inefables sentimientos y dulcísimas reminiscencias.

Allí estaba la iglesia donde por vez primera mis ojos apasionados se fijaron en una mujer; allí el bosque de naranjos y limoneros donde la declaré tímido y confuso mi amor de adolescente; allí el

NUÑEZ DE ARCE

jardín solitario, donde en las ardientes noches del estío, mi madre, teniéndome en su cariñoso regazo, me contaba historias de brujas y duendes, mientras yo seguía con absorta mirada el curso sosegado de la luna y aspiraba el ambiente impregnado de aromas de las veladas de Andalucía.

¡Con qué emoción tan viva atravesé las calles, plazas y paseos de la ciudad, y con qué enternecimiento me vi de pronto en una de las más retiradas habitaciones de mi casa paterna! ¡Ay! el cuadro que entonces presencié, nunca se borrará de mi mente.

Mi madre, pálida y desencajada, con la mirada atónita y la voz balbuciente y enronquecida, leía, o más bien sollozaba las frases de una carta que apretaba con trémula mano. Apoyadas en el respaldo de su silla, hallábanse, no menos afligidas, mis dos hermanas, y detrás de ellas, el novio de la menor, que había sido mi amigo de infancia.

«La noticia que tengo que comunicar a ustedes —decía la carta— es triste; pero confío en que ustedes tendrán valor y resignación para saberla. Dios jamás abandona a sus criaturas. Julián en un momento de ciego arrebató ha atentado contra su vida...»

Mi madre no pudo continuar leyendo y cayó desmayada.

Mis hermanas dieron libre rienda a su dolor con entrecortados gemidos.

¡Infeliz de mí! Al notar la intensísima pena de la que me había dado el ser, tuve vergüenza de mí mismo y me arrepentí de mi crimen. Si hubiera podido volver a la vida, lo habría hecho para precipi-

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

tarme a sus pies y pedirle perdón de mi extravío.

No sé si seréis capaces, tanto os ha embrutecido la orgía, de apreciar el sentimiento que me inspiró la aflicción de mi madre...

—Sí, sí; prosigue. Las apologías del cariño maternal son ya viejas...

—Aunque siempre verdaderas y conmovedoras.

—Es verdad, pero suprímelas.

—Por fin, mi madre recobró el uso de sus sentidos, y yo, sin poder contenerme, me arrojé en sus brazos. ¡Oh santo influjo del amor que María ha depositado en el seno de todas las mujeres! Espíritu, o sueño, o nada como yo era, mi madre me sintió, vióme con los ojos de su alma, y cruzando los brazos sobre el pecho exclamó, dando un suspiro:

—¡Ay! no sé, Dios mío; pero creo que le estrecho contra mi corazón.

¿Os acordáis del Dante, cuando al entrar en el Paraíso encuentra a Beatriz, su mística prometida, y tiende tres veces hacia ella las manos, y tres veces vuelven éstas a su pecho sin haber podido tocar la púdica sombra? Mi madre fué más afortunada, y es porque el amor, por grande y puro que sea, no puede llegar a donde llega el cariño maternal, ese manantial de inefables goces, cuyas ondas cristalinas, bajando del cielo, si se enturbian alguna vez, nunca se estancan ni corrompen.

De repente arrebatado contra mi voluntad por el espíritu misterioso que me conducía en sus alas invisibles, me sentí arrancado de aquel seno querido. Al alejarme de allí, observé que el novio de mi hermana, aprovechándose de la confusión que la noticia 33

NUÑEZ DE ARCE

de mi muerte había producido, se apoderaba de la mano de su futura, para imprimir en ella apasionado beso.

La ocasión no era la más oportuna para estos arranques; pero ¡qué dolor no se profana en el mundo!

Tan inesperadamente como de costumbre, vime de improviso en la casa de un antiguo amigo mío, donde se hallaban alegremente entretenidos, él y otros compañeros de mi infancia, quizás aquellos que más había querido. Sentados alrededor de una mesa, literalmente cubierta de botellas y copas, en cuyo centro aparecía ancha ponchera inflamada, asemejábanse, vistos a la lívida luz del ron, muertos que acababan de abandonar sus sepulcros. Reinaba ya entre ellos el loco entusiasmo de la embriaguez, y reían, y gritaban, y cantaban a un tiempo, sin cuidarse de Dios ni del diablo: ¡ni de mí que presenciaba sus placeres, imposibilitado de tomar parte en la báquica fiesta!

Poco después la puerta de la sala se abrió dando entrada al novio de mi hermana Petra. Su aflicción había desaparecido, y habría sido imposible descubrir en su rostro coloradote y risueño, el menor vestigio del pesar que mi suicidio parecía haberle ocasionado.

—Buenas noches, chicos —dijo sentándose al lado de uno que, como vosotros, estaba a punto de dar con su cuerpo en tierra—: ¿nada hay ya para los amigos?

—Todavía queda bastante ponche para embriagar a la vecindad. ¡Bebe! — le respondió el interpelado.

El novio de Petra llenó su vaso hasta los bordes y

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

—Brindo —dijo— por el alma de Julián de Mendoza que estará ahora ardiendo en los infiernos.

—¿Qué dices? — le preguntaron asombrados los demás.

Mi futuro cuñado, a quien el deseo de aparecer gracioso y no su mal corazón, le hacía burlarse de mi muerte, dió cuenta en breves frases al bullicioso concurso de mi crimen y del dolor de mi familia.

—¿Con que se ha suicidado Julián? —exclamó uno de los oyentes, que hasta entonces no había intervenido en la conversación—. ¡Pobrecillo!

—Siempre he creído que ese muchacho era tonto —añadió otro con voz balbuciente y vinosa.

—¡Y por una mujer! — refunfuñó un tercero haciendo una mueca despreciativa y desdenosa.

—¿Qué queréis? —repuso sentenciosamente el novio de mi hermana— cuando se carece de sentido común...

Yo estaba indignado; varias veces pretendí precipitarme sobre los desnaturalizados amigos de mi niñez; pero mis esfuerzos fueron inútiles. En aquella circunstancia, mal aconsejado por la ira, eché de menos mis pies y mis manos, porque habría emprendido de muy buena gana a golpes con los que no tenían para mí más oración fúnebre que el sarcasmo y la indiferencia.

Afortunadamente el inquieto espíritu, a cuyo poder estaba sometido, hízome de nuevo cruzar el espacio; pasé, como antes, por cima de los campanarios de mil aldeas, de campos incultos, de ciudades, selvas y montañas, hasta que al cabo de breves instantes caí, como al principio de mi peregrinación, en las

NUÑEZ DE ARCE

más hondas tinieblas. El tránsito fué tan rápido que apenas pude darme cuenta de su duración; después me detuve, abrí los ojos y con no poca sorpresa me encontré...

—¿Dónde?

—Dentro de mi cuerpo.

—¡Ja, ja, ja!...

—No os riáis, que aun no he concluído. Grande fué mi asombro cuando me vi acostado en la cama de un hospital. Varios amigos míos habían conseguido, por gracia especial, que me asistiesen dos hermanas de la Caridad, conociendo, sin duda, que el cuidado de estas santas mujeres es más afectuoso y solícito que el de los hombres. Difícilmente podré explicaros el efecto que me produjo su presencia; abundantes lágrimas corrieron por mis mejillas; al observar su cariñoso esmero para conmigo me acordé instintivamente de mi madre; y pasó por mi imaginación, como un relámpago, vaga y confusa idea de mi fantástico y espiritual viaje.

No soy muy creyente, aunque no me faltan, a la verdad, razones poderosas para serlo; pero os confieso que no conozco nada tan heroico, nada tan santo como el instituto de las hermanas de la Caridad. Entregarse al dolor como una mujer apasionada se entrega al deleite; curar las heridas del cuerpo y las del alma; dulcificar la agonía del moribundo; devolver su fe en el lecho de muerte al incrédulo; hacer que el impío mezcle en su postrera hora el nombre de Dios con el de su madre, bendiciéndole; consagrar la vida, las ilusiones, las esperanzas, ¡hasta los deseos! al consuelo del desgraciado; ser en

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

fin la última familia del que no tiene ninguna...
¡Oh bienaventuradas mujeres! ¿qué misión más sublime que la vuestra?

—¡Bien, bien! Pero basta de digresiones sentimentales.

—Cierto; debía saber que tenéis el corazón demasiado corrompido para comprenderlas; sigo, pues.

A pesar de mi postración física y moral, pude apreciar, sin engañarme, la gravedad de mi estado. No se me ocultó que era peligroso, y me convencí más de ello, cuando siguiendo con el pensamiento, porque mis manos, así como todo mi cuerpo, estaban paralizadas, la dirección del intrincado vendaje que cubría mi rostro, calculé aproximadamente la extensión y profundidad de mis heridas. Ya veis las cicatrices; la bala del revólver, rompiendo mi mandíbula inferior y parte de la superior, había penetrado en el pómulo de mi mejilla izquierda, a pocas líneas del ojo; la herida fué, pues, desde un principio considerada como mortal. Una de las hermanas de la Caridad se acercó apresuradamente a mi lecho, colmándome de afectuosas atenciones, en cuanto me vió dar señales de vida, mientras que su compañera subía en busca del médico del hospital.

No se hizo esperar el doctor, que era hombre como de cincuenta años, austero y frío como todos los que se acostumbra a presenciar los dolores físicos y a no ver en el ser racional más que un conjunto de sangre, arterias, nervios y vísceras. Entró sin hablar palabra, y aproximándose a la cama, se apoderó de mi mano inmóvil y helada.

—Bien —dijo contestando a su propio pensamien- 37

NUÑEZ DE ARCE

to—, hemos vencido el tétanos; escribiré este caso, que puede darme reputación y aumentar mi clientela.

Me recetó, antes de marcharse, una poción antiespasmódica y salió de la sala, grave, indiferente y silencioso como había entrado.

¿Qué era lo que había pasado por mí? ¿Era sueño mi peregrinación por un mundo inmaterial? ¿Sería acaso el delirio de la fiebre, el que, transportándome a los espacios desconocidos me había hecho ver aéreos fantasmas, y oír regaladas y dulcísimas armonías? ¿Había estado vivo o muerto? ¡Ay! yo recordaba con éxtasis el océano de luz en que había navegado; la alegría de los bienaventurados y la desesperación de los réprobos; conservaba memoria del llanto que había visto derramar a Elena, del ardentísimo dolor de mi madre, de la burla de mis amigos de infancia, hasta de mi entierro... Pero, ¿cómo me veía, después de esto, vivo, solo y abandonado en el lecho de un hospital?

Procuré hablar a fin de disipar mis dudas; mas las hermanas de la Caridad, cumpliendo las prescripciones facultativas, me impusieron silencio. Callé, pues, esperando mejor ocasión, y no tuve por qué arrepentirme de mi obediencia a los preceptos científicos.

Lentamente mis ojos fueron cerrándose y caí en largo y sosegado sueño, que reanimó mis abatidas fuerzas. Cuando desperté podía mover mis miembros, hasta entonces entumecidos; respiraba con menos dificultad y mi cerebro estaba más sereno.

El médico volvió a visitarme y se maravilló de
38 mi mejoría. Estuvo conmigo algo más complaciente

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

y hasta se permitió reprenderme por haber atentado contra mi vida.

—De cualquier modo —añadió— la locura de usted me ha proporcionado el gusto de estudiar un caso completamente nuevo en los anales de la medicina; casi una resurrección.

—Me alegro —respondí sonriendo— de haber sido para la ciencia y principalmente para usted un caso curioso de patología.

Preocupado con la idea de mi viaje por la región de los espíritus, sorprendiéndome la noche sin haber podido resolver si aquel extraordinario misterio había sido sueño o realidad. A mis oídos llegaba el rumor de la anhelante respiración de mis desgraciados compañeros de sala, y varias veces interrumpía mi meditación el hondo gemido de algún desventurado, que luchaba en el lecho vecino con el dolor y quizás con sus recuerdos.

Una lámpara colgada en el extremo de la sala, ante la imagen de la Reina de los Cielos, esparcía por el lúgubre recinto tenue y vacilante luz, que en los últimos términos apenas podía quebrantar la intensidad de la sombra. Era aquella penumbra una especie de crepúsculo prolongado entre la luz artificial y las tinieblas; pero un crepúsculo melancólico y desolador que comprimía el ánimo y hacía pensar en la muerte.

Yo seguí con vista distraída, en tanto que mi imaginación se perdía en un dédalo de caprichosas conjeturas, el leve movimiento de la sombra que, agitada por las oscilaciones de la luz, se proyectaba en la pared, trémula y casi amortiguada. Estaba ya 39

NUÑEZ DE ARCE

a punto de dormirme, cuando me pareció oír ruido cerca de mí; al principio no me fijé en él, pero bien pronto un golpe dado cuidadosamente sobre mi almohada, me hizo salir del estado de soñolencia en que había caído; miré con más atención y vi sentado a la cabecera de mi cama, ¿a quién diréis?

—¿A quién?

—¡Al diablo! El diablo era, sí; el mismo que en el café hizo escarnio de mi escepticismo y puso en mis manos el arma homicida. Iba vestido con el traje conque lo vi la primera vez; sus ojos esparcían el mismo brillo amenazador que tan poderosamente influyó sobre mí en aquel trance sangriento, y en su boca irónica vagaba la misma sonrisa que más aún que la desesperación, había contribuido a mi suicidio. ¿Por dónde había entrado? No lo sé. Sólo sé que tuve miedo, que quise gritar y la voz no me obedeció; sólo sé que quedé inerte y sobrecogido de espanto como un criminal delante de sus remordimientos.

—¿Cómo estás, joven?— me preguntó con acento grave y solemne.

Yo permanecí callado.

—Larga ha sido tu peregrinación —añadió en el mismo tono— y confío en que te habrá sido provechosa. Has recorrido, niño incrédulo, el mundo y el cielo, viendo por ti mismo que el descanso no existe en la vida ni en la muerte, sino en la tranquilidad de la conciencia.

—¡Ja, ja! Ese buen diablo es una sátira contra Dios...

40 —Calla, blasfemo, y déjame concluir.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

—Si te parece, descansaremos un rato, y beberemos.

—Dices bien, ya es tiempo de que remojes tus fauces.

—Pues choca tu vaso...

—Brindo...

—¿Por quién?

—A la salud de tu demonio tutelar.

III

Como comprenderéis bien, no me hallaba dispuesto a entablar ninguna polémica con mi compañero de café, ni era una discusión filosófica lo que más me convenía entonces. Callé, pues, hasta reponerme del susto que me había producido su súbita aparición, y después, cobrando ánimo, le interrogué sobre mi viaje por el infinito imperio de las almas.

—¿Es verdad o no que he estado muerto? — le pregunté con ansiosa curiosidad.

Miróme sonriendo mi improvisado amigo y contestó sin vacilar:

—Verdad es.

—¿Y ahora?...

—Ahora vives — añadió sonriendo.

Aun cuando hasta aquel momento no tenía yo certidumbre alguna acerca de la infernal procedencia de mi interlocutor, me había acostumbrado instintivamente a mirarle como un ser sobrenatural y poderoso. No creía en diablos ni duendes: mi razón rechazaba su existencia; pero a pesar de todo, mi débil corazón se rendía al miedo. Mi cabeza era incrédula, mi sentimiento supersticioso.

42 Pero, ¿acaso no es natural que ofrezcamos esta extraña mezcla de fe y de duda los que, habiendo

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

nacido bajo el hermoso cielo de España, hemos recibido nuestras primeras impresiones en una sociedad saturada de fanatismo? Han pasado por nuestra patria muy pocos años desde la revolución, para que nuestro espíritu no se resienta todavía del pesado yugo a que ha estado sujeto. Nuestros maestros, o por lo menos, los de nuestros padres, han vivido en el claustro; el claustro no es ya lo que ha sido; pero las instituciones no mueren cuando pasan; su influencia flota aún por mucho tiempo en la atmósfera social, y vive en las costumbres, sentimientos y creencias, aún después de estar enterrada en los entendimientos.

Pero continúo.

Gracias, por un lado, a mi superstición exaltada entonces por la dolencia y por otro, al mal borrado recuerdo que conservaba de mis aventuras ultraterrenales, di completo crédito a las palabras de mi interlocutor misterioso, y quise conocer el arcano de mi muerte y de mi resurrección.

—Tú querrás saber —me dijo el diablo adivinando mis deseos— cómo has podido estar muerto, y voy a satisfacer tu curiosidad impaciente. Cuando impulsado por la vanidad aún más que por la pena, pusiste fin a tu existencia, tuve intenciones de dejarte entregado a tu eterna desesperación de suicida; pero después, un sentimiento que en vano había pretendido ahogar, me hizo variar de resolución. No trataré de describirte el efecto que tu criminal atentado produjo en el café; atraídos por la detonación del arma de fuego que yo había puesto en tus manos, acudieron en tropel al lugar de la ca-

NUÑEZ DE ARCE

tástrofe muchos parroquianos y el dueño del establecimiento, y puedes pensar cuál sería su estupor cuando te encontraron solo —porque yo había desaparecido entre el humo de la pólvora—, bañado en sangre y completamente desfigurado. Algunos fueron en busca del juez y otros en la de un cirujano; pero cuando ambos llegaron, ya era tarde; tú no eras más que un cadáver, una nueva víctima de la locura humana.

No faltaron chuscos que se chancearan, ni mujeres que hicieran como que se enternecían, ni rateros que se aprovecharan del tumulto en beneficio propio; se habló de tu desgracia por espacio de una hora y se te olvidó en otra.

Gracias al influjo de algunas almas caritativas, se dispuso inmediatamente tu entierro. Dificultades casi insuperables hubo que vencer para que la iglesia te concediese sepultura sagrada; negábase a ello y sólo después de innumerables esfuerzos, se consiguió debilitar su resistencia.

Ya viste la pompa fúnebre con que te conducían al Campo Santo; pero lo que no pudiste ver fué el asombro que se retrató en el rostro de cuantos te acompañaban cuando oyendo extraño ruido dentro de la caja, observaron al levantar la tapa del féretro que tu cuerpo se movía, alzando primero un pie, luego una mano y por último la lívida y ensangrentada cabeza.

—¡No está muerto, no está muerto! — gritaron algunos—. ¡Por poco lo enterramos vivo!

Hubo voces, corridas, sustos, desmayos, ayes y
44 congojas, hasta que, por fin, se desvaneció el cortejo

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

fúnebre y se condujo tu cuerpo a esta sala del hospital. Los cirujanos, y singularmente el que primero te reconoció, afirmaban y juraban que te habían visto muerto; pero ante la inflexible y testaruda tenacidad de los hechos, la ciencia tuvo que callar dudando de sus anteriores afirmaciones.

Sólo un viejo obregón farfulló mirándote de reojo y rascándose la oreja: — ¿Si tendrá los malos en el cuerpo?

Y no se había equivocado; un espíritu potente que se tomaba interés por ti, había penetrado en el tabernáculo de tu alma; él sostenía vida ficticia en la materia próxima a descomponerse; él revivía el anquilado fuego de tus sentidos; él, en fin, despertaba el movimiento de tus miembros paralizados.

El espíritu te esperaba.

No quiero recordarte tu peregrinación; presente está todavía en tu memoria y lo estará por siempre el grandioso espectáculo que has presenciado; dichas eternas, y eternas aflicciones, todo lo has visto y todo lo has sentido al recorrer las esferas del cielo y del mundo; los muertos y los vivos han pasado delante de ti como los fantasmas de un sueño, como las creaciones de la calentura...

Has conocido el hipócrita sentimiento de los hombres que te trataban; las mentidas lágrimas de la mujer que te desdeña; el pesar, incomprensible por lo intenso, de tu pobre madre; el de tus hermanas, y la perversa intención de tus amigos. Has podido persuadirte, por tanto, de que la vida no acaba en la fosa, ni el dolor tampoco.

Esto bastaba a mis designios. Por eso, en cuanto 45

NUÑEZ DE ARCE

di por terminado tu prodigioso viaje, has vuelto al seno de esa materia que tan injustamente despreciáis, a pesar de que os ofrece lágrimas para sentir vuestras desdichas, sangre para vengar vuestras injurias, y nervios para engrandecer vuestros placeres.

Vive, pues, y nunca pretendas torcer el rumbo en la mitad del camino que la Providencia te ha señalado, porque tus fuerzas son escasas para contrarrestar la voluntad divina, y toda lucha en este sentido sería, aún más que temeraria, absurda.

—Pero, ¿quién es ese espíritu que ha velado por mí? —pregunté con respeto.

—Ese espíritu —contestó mi interlocutor con irónica gravedad— soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—El diablo — exclamó con aire maligno y burlón.

¡El diablo! Hasta entonces había estado hablando con el desconocido sin saber quién era, sufriendo pacientemente la fascinación de su mirada y dejándome, en fin, conducir por él como barquilla sin timón ni remos, que arrastra la corriente desbordada de un río. Pero una sola palabra despertó en mí las preocupaciones de la infancia; vi el infierno abierto a mis pies con todos los horrores que la imaginación española sobreexcitada con tres siglos de Inquisición, nos presenta; sentí los agudos tormentos de los condenados, presencié sus horribles suplicios, y temblé, mis cabellos se erizaron, y quise gritar, intenté pedir socorro, y la voz se ahogó en mi garganta.

Poco a poco fuí serenándome, y la duda penetró
46 en mi alma. Dudé porque no veía.

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

Santo Tomás es la personificación de la razón humana; ésta, como aquél, no cree mientras no se le impone la evidencia, y niega lo que no comprende hasta que la verdad austera sale a su encuentro y anonada su orgullo.

Ya algún tanto recobrado de mi susto, me aventuré a preguntar a mi fantástico interlocutor, con cierto dejo de incredulidad, la causa del interés que yo le inspiraba, a lo cual contestó, al parecer sumamente afectado y casi enternecido:

—Porque... ¡porque soy tu padre!

Al oír esta inesperada declaración, me agité, a pesar mío, convulsivamente en la cama, si bien el diablo hizo como que no advertía mi sorpresa.

A no estar borracho no os diría lo que voy a decir; mas no quiero tener para vosotros ningún secreto. El alcohol es comunicativo, y además, no es justo que un hombre como yo se avergüence de su ascendencia.

—Tú desearás conocer —me dijo— el misterio de tu origen y voy a descubértelo para disipar tus escrúpulos.

Ya sabrás que el marido de tu madre, don Diego de Mendoza, tenía la pasión de la caza; ante un conejo o un gamo, se obscurecían en su alma todas las afecciones del mundo: un monte era para él casi el cielo...

Una fresca mañana de noviembre salió don Diego de su casa, seguido de sus perros, con dirección a un soto escondido en las entrañas de Sierra Nevada, que era propiedad de un amigo suyo. Aquel día fué fatal para él: toda la mañana y una gran parte

NUÑEZ DE ARCE

de la tarde estuvo recorriendo la posesión sin cobrar una sola pieza; sus ojos parecían haber perdido la puntería y sus perros el olfato.

Asendereado y molido don Diego abandonó el soto, ya cerca del anochecer, encaminándose hacia su casa, pero antes de llegar, el cielo empezó a nublarse y poco tiempo después estalló una tempestad furiosa. El agua caía a torrentes; profunda obscuridad le envolvía, tanto más siniestra cuanto que por intervalos las rasgaba la lívida luz de los relámpagos. Don Diego, apresurando el paso se refugió en un cortijo situado media escasa legua de Granada, donde halló franca y cordial hospitalidad.

Al cabo de tres cuartos de hora se disipó la nube; mas el señor De Mendoza ya no pensó en emprender de nuevo su interrumpida marcha. Habíase aficionado a una joven que parecía ama del caserío y que no recibía con indiferencia las frases enamoradas del galante cazador.

Esta mujer era, sin saberlo, mi amada, y una amada digna de mí; sus ojos negros y rasgados despedían rayos de deleite, que apenas podían amortiguar sus largas y sedosas pestañas. Su árabe y atezado rostro era el reflejo del amor, pero del amor vivo, frenético, nervioso, que, sin herir el corazón, le enciende y arrebata.

La noche cerró por completo, y don Diego se resolvió a pasarla en el cortijo con el consentimiento de la apasionada Juanilla. Era aquel el día en que yo acostumbraba, desde cinco años antes, a bajar a sus brazos. A las altas horas de la noche penetraba invisible en su lecho, y amante vigoroso, aunque im-

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

palpable, rendía con mis caricias su naturaleza de fuego. Terrible era la lucha que, sin conocerme ni verme siquiera, sostenía la pobre joven conmigo, porque yo sólo me hacía sensible para ella como el desbordamiento de un deseo, como una pesadilla, como un delirio...

Desde las doce de la noche del día anterior al de mi llegada, Juanilla presentía mi proximidad como el ave amedrentada presiente la proximidad de la borrasca. La materia, dormida todo el año, despertaba entonces ardiente y frenética, ahogábanla incomprendibles ansias, y su alma, atormentada por el vértigo, aspiraba al placer como el alma del poeta aspira en sus sueños a la inmortalidad.

«Los primeros serán los últimos; los últimos serán los primeros.» Juanilla, encendida en el fuego de una pasión desbordada, no pudo resistir las seducciones de don Diego de Mendoza, y cuando yo, al sonar la última campanada de las doce en el reloj del pueblo inmediato, llegué envuelto en las sombras al cuarto de mi amada, vi que otros brazos estrechaban su seno, que otro corazón, que no era el mío, palpitaba con los paroxismos del placer junto al suyo...

Tú sabes lo que son los celos del hombre; pero ignoras lo que son los celos de los espíritus infernales. El pesar que entonces sentí sólo es comparable con el que me produjo la espada flamígera de Gabriel al precipitarme herido y condenado en el abismo de los dolores eternos. Temblé, temblé de ira, y todas las pasiones diabólicas se alborotaron en mí, como se alborotan las olas del mar cuando

NUÑEZ DE ARCE

el huracán las sacude. Hubiera querido vengarme allí mismo de mi amada, inocente y culpable a la vez, y del mortal que se interponía en el camino de mi dicha; pero, ¡eran cristianos y no podía luchar con ellos frente a frente!

Deseoso, sin embargo, de satisfacer mi encono, salí, rápido como el pensamiento, de la habitación de Juanilla, y me dirigí en un vuelo a la de don Diego de Mendoza. Penetré en ella, silencioso e invisible; después adopté la forma y el traje del hombre que había lastimado mi orgullo, y ¡quedé vengado!

Cuando al amanecer del nuevo día, tu madre se encontró sola, y supo que su marido no había llegado aún, se creyó víctima de una alucinación.

Pasados nueve meses de esta singular aventura viniste al mundo. Don Diego acogió tu nacimiento como don del cielo y una esperanza para su familia; yo, como el fruto de mi venganza...

Lleno de estupor escuché la tremenda relación del diablo sin atreverme a ponerla en duda, porque secreto presentimiento me lo impedía. Era tan extraño cuanto me había sucedido desde mi encuentro con el demonio que, mi razón confundida, en vano habría pretendido discernir lo verdadero de lo falso. Combatido por los más opuestos pensamientos, callé; pero mi silencio reflejaba claramente la incertidumbre de mi espíritu, mi turbación y mi vergüenza.

¡Ay! después, cuando supe con todos sus pormenores las peripecias porque había pasado mi carne mortal, me convencí de la verdad que encerraba la

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

—Ya no deberá maravillarte —me dijo el diablo al cabo de breve pausa— el interés que por ti me tomo: al fin eres mi hijo y debo velar por tu educación. Quiero que seas bueno, porque no deseo verte abrumado con el infortunio que pesa sobre mí, ni me disgustaría, mira si soy franco, tenerte en el cielo de corresponsal.

Al decir esto se sonrió casi imperceptiblemente, y en seguida añadió variando de tono:

—Hijo mío, hoy por hoy no puedo darte más que consejos. Desde que los gobiernos se han dedicado al tráfico de hombres, mi poder ha disminuído en la tierra y ya no compro, porque en el mercado social nada tengo que ofrecer, ¡ni siquiera una condecoración! Mas obedéceme y serás relativamente dichoso aun en medio de tus mismos pesares; en vez de mirar a los mortales con odio los mirarás con lástima y te persuadirás de lo dignos que son de compasión. ¿Habrás alguno entre ellos que ignore el precio del llanto?

Grandes son los desengaños y decepciones que todavía te esperan; pero no te desanimas. ¡El desaliento es sólo propio de las almas débiles! Vive y confía. El dolor es la escala de Jacob; los ángeles al descender por ella se convierten en hombres; los hombres al subir se transforman en ángeles. ¡Desgraciado de aquél que desconfiado o tímido se detiene en la mitad de la carrera!

Si la muerte sirviera para algo, te aconsejaría que pusieses término a tu existencia; si fueras el único ser infortunado, mi mano jamás te alejaría del borde de la tumba; pero la muerte es estéril, y son mu-

NUÑEZ DE ARCE

chos los que lloran en el mundo. Cuatro días has permanecido sin poder apreciarlo, porque en la eternidad el tiempo no tiene medida, separado de tu cuerpo, y no has sido más venturoso en la región de las almas, que en la región de los hombres.

Cuantos os sintáis heridos por los golpes de la fortuna, debéis, antes de pedir al suicidio un refugio contra el rigor de la suerte, emplear vuestras fuerzas en combatirla y vencerla. El triunfo del mal no puede ser eterno, porque entonces yo sería Dios; alguna vez reinará sin contradicción el bien sobre la tierra, aun cuando sea preciso para apresurar su advenimiento que trabajéis sin tregua ni descanso, y sin la esperanza de premio. No arrastréis vida inútil o culpada, porque antes o después os agobiará la desesperación y llevaréis eternamente el torcedor del remordimiento, que es implacable, pues la misericordia de Dios otorga muchas veces el perdón al alma contrita; la conciencia inflexible nunca perdona.

La humanidad no es desventurada ni perversa por naturaleza, no: casi todos sus dolores o crímenes provienen del medio social en que se desenvuelve. Tratad, pues, de modificarlo, contribuyendo en cuanto esté de vuestra parte a la santa obra de la regeneración, y habréis cumplido con un deber sagrado.

Los dolores que os proporcione el cumplimiento de este deber, sólo serán el sello de vuestra grandeza. La roca que se asienta en medio del Océano, revela su fortaleza cuando las tempestades la combaten, y el gemido de las olas que se estrellan a sus pies, es

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

el himno con que el mar celebra su propio vencimiento.

Si en alguna ocasión os cansáis; si vuestro vigor se debilita antes de haber terminado la áspera faena que debéis realizar, volved la vista atrás, y mirad lo que habéis andado. Interrogad a los siglos pasados, y ellos os dirán con elocuencia consoladora cuántas heridas se ha curado ya la humanidad, cuántas lágrimas vertía en otro tiempo que ahora no vierte...

¡Animo, pues, hijo mío, ánimo! No vaciles en tus creencias, y los tormentos que sufras serán menos vivos, pues yo mismo, si pudiera tener fe, sería dichoso. ¡Pero no la tengo!

—Entonces —le pregunté indignado— ¿para qué me aconsejas?

—¡Para que no me creas! —me contestó riendo sarcásticamente.

Quise replicarle; pero pensad cuál sería mi sorpresa cuando observé que ya no estaba a mi lado: había desaparecido sin dejar más huella tras sí, que el eco prolongado de su fría y sardónica carcajada.

Agitado por tan opuestas sensaciones, mi cerebro debilitado se turbó; lancé un grito y perdí el conocimiento.

—¿Y no volviste a ver a tu buen padre el diablo?

—¡No!

—¿Y qué te sucedió después?

—Iba a decíroslo, cuando me has interrumpido.

La ciencia del médico, los cuidados de las hermanas de la Caridad y el vigor de mi naturaleza, me devolvieron prontamente a la vida, y logré verme, al cabo de cuarenta días, a pesar de mis hondas

NUÑEZ DE ARCE

preocupaciones, en estado de salir a la calle. Disponíame a hacerlo, cuando me dieron a entender que estaba preso, acusado de tentativa de suicidio, y como las pruebas de mi culpa eran innegables, fui sentenciado a tres meses de prisión menor.

Con mortal desasosiego pasé en la cárcel el tiempo de mi condena. Pensando sin cesar en Elena a quien había visto llorar por mi muerte, forjábame mil sueños de amor y felicidad, y creía ¡loco de mí! que sólo las paredes de la prisión me separaban de las concepciones de mi deseo.

Cuando recobré la libertad, corrí desalado a casa de Elena. Hallábase ésta en compañía de un mozalbete con quien, según supe andando el tiempo, mantenía ilícitas relaciones, y me recibió con esa política fría y armoniosa que parece estar diciendo: «Usted me estorba; desearía que usted se marchase cuanto antes, y no volviera más.»

Al principio me desconoció, lo cual se explica fácilmente. Las heridas me habían desfigurado por completo, y el color violáceo que mis cicatrices presentaban entonces, me daban un aspecto, no sólo desapacible, sino repugnante.

La poesía de mi suicidio desapareció para aquella mujer ante la fealdad de mi rostro, y varias veces sorprendí una sonrisa de soberano desdén en sus labios sonrosados, donde sólo debía albergar el beso. No queriendo prolongar por más tiempo situación para mí tan penosa, adopté el prudente partido de marcharme, y ahogándome el llanto me despedí de mi primero y último amor. ¡Ay! apenas había tras-

LAS AVENTURAS DE UN MUERTO

cajada que me aterró y la voz dulce e insinuante de Elena que decía:

—Este muchacho desde que hizo la calaverada o la farsa de querer matarse, no sólo se ha vuelto feo, sino estúpido.

Tan inesperado golpe me desconcertó, y tuve que apoyarme en la pared para no caer al suelo. Pronto la ira y la vergüenza reanimaron mis fuerzas y huí de aquella casa fatal, forjando en mi acalorada fantasía mil planes de pueril e inútil venganza, que después he olvidado.

No había aún convalecido de este desengaño, cuando me fué preciso pensar en los medios de proporcionarme la subsistencia. Estaba exhausto de recursos; el poco dinero que me había mandado mi madre, alcanzó sólo para pagar algunas deudas y cubrir los gastos de mi manutención en la cárcel; de suerte que mi situación iba siendo desesperada. Acudí a mis amigos y me recibieron indiferentes o desdeñosos; llamé a la puerta de cuantos parecían haberse interesado por mí en el breve período de mi muerte y nadie me hizo caso; importuné a los editores, que quizás habrían publicado mis obras con gran encomio si me hubiera quedado en el otro mundo, y no encontré en ellos más que egoísmo y desamparo. Para merecer los favores de la sociedad luchaba yo con un inconveniente: ¡vivía!

Entonces maldije a mi padre, desprecié sus consejos, y falto de experiencia, resolví gastar la vida en el bullicio de la crápula: me reuní con vosotros, dignos representantes de la juventud dorada, fruto podrido antes de haber madurado, arrastré mi ingenio

NÚÑEZ DE ARCE

por el lodó, comercié con mis opiniones, me abracé al escándalo como a una querida, y manché, en fin, mi corazón con el contacto del vicio...

Cambié mi porvenir de gloria por un presente de productiva infamia, y no teniendo valor suficiente para ser mártir de la honra, busqué otro nuevo martirio: ¡el martirio de la prostitución moral!

Yo sí que puedo decir desde el abismo de mi corrupción: «¡Oh padre mío! ¿por qué me has abandonado?...»

Pero ¿qué es esto? ¿Os habéis dormido? ¡Borrachos, la orgía os ha vencido! ¡Triste de mí, que ni en la vida, ni en la muerte, ni en el dolor, ni en el placer, puedo encontrar descanso!

Julio de 1856.

SANCHO GIL

I

Por los años de 1589 vivía en Buenache de la Sierra una mujer de edad avanzadísima, acerca de la cual corrían por el pueblo los más singulares rumores, pues se susurraba que se había entregado en cuerpo y alma al diablo, o lo que es lo mismo, que pertenecía al gremio nefando de las brujas y hechiceros. Ciertamente el aspecto asqueroso de esta vieja, llamada Aldonza Rodríguez, prevenía en contra suya, y si no justificaba, por lo menos explicaba las hablillas del vulgo, siempre inclinado a pensar mal de todo aquello que, como él mismo dice, no le entra por los ojos.

Frisaba la tal Aldonza en los ochenta años. Era baja, enjuta y contrahecha, como agobiada ya por el peso abrumador del tiempo, que todo lo modifica, desfigura y destruye. Ralos mechones de cabellos grises, ni bien ni mal peinados, porque nunca se los peinaba, servían de marco a un rostro seco, apergaminado, surcado de profundísimas arrugas, en cuyas sinuosidades y revueltas, que parecían trazadas con tinta, jamás había penetrado el agua, ni siquiera en días de lluvia. Frente estrecha y deprimida como la de un reptil; ojillos garzos y sangui-

NUÑEZ DE ARCE

nolentos, que cuando se encandilaban despedían relámpagos de ira, y que yacían casi ocultos en sus hondas cuencas, bajo espesísimas cejas, como animales dañinos a la entrada de sus madrigueras guardadas por ásperos matorrales; nariz corva a guisa de pico de águila, y barbilla puntiaguda, salpicada de pelos largos y retorcidos, formaban la inverosímil fisonomía de la vieja, que en sus verdes años debió de ser horrible y en su edad proecta era espantosa.

Cuando llena de andrajos, apoyándose en su báculo, y con paso remiso y torpe, andaba renqueando por las callejuelas del pueblo, los chicos huían recelosos, cerrábanse de golpe las puertas y ventanas, las madres amedrentadas estrechaban contra el seno a los hijos de sus entrañas, como queriendo substraerlos a las miradas maléficas de la tía Aldonza, y hasta los mismos hombres, más resueltos y atrevidos, hacían temerosamente al verla pasar el signo de la cruz.

Relatábanse de ella cosas estupendas. El sacristán Diego Ortega contaba, a quien quería oírle, cómo en noche de tempestad la había visto en la iglesia, acurrucada al borde de una sepultura que acababa de abrir y entretenida en desgarrar con aceradas uñas las enjundias del muerto, y juraba por todos los santos de la corte celestial, que al pronunciar horripilado ante tan abominable espectáculo el sagrado nombre de Jesús, el bote, la vieja, y el difunto habían desaparecido como por ensalmo al amarillento resplandor de una centella, cayendo por sí misma la piedra sepulcral sobre la profanada fosa con el estrépito de

Las comadres del lugar se referían unas a otras en voz baja casos verdaderamente pavorosos, cuyos espeluznantes pormenores se habrían tenido por increíbles, a no atestiguar su exactitud los mismos sujetos que, según confesión propia, los presenciaron o sufrieron. Estaba plenamente probado el hecho de haber encontrado muerto repentinamente en su cuna al hijo de Cosme *el Zurdo*, sin que antes presentara síntoma de enfermedad, y se sabía, además, que cuando el cirujano acudió a examinar el cuerpo de la malograda criatura, se halló con que una bruja, a juzgar por señales evidentes, había chupado la sangre del niño, hiriéndole con un ahujón, mientras dormía, por debajo de las uñas en los dedos de la mano siniestra, que es la que corresponde al corazón. Y que la autora de tan execrable crimen era la tía Aldonza, se demostraba con el dicho de un vecino honrado, el cual, pasando casualmente la noche misma en que ocurría el trágico y lamentable suceso por el callejón donde Cosme *el Zurdo* tenía su casa, había visto a la luz de la luna salir por la chimenea, a modo de humo negruzco y pestilente, la sombría figura de la vieja, a horcajadas en un macho cabrío: por más señas, que los ojos le relucían como carbones encendidos, y que al ponerse ella y su diabólica cabalgadura en contacto con el aire exterior, ambas, conservando su forma corpórea, se ensancharon, crecieron, tomaron proporciones desmesuradas y obscurecieron el espacio como denso nublado.

Era también público y notorio que, habiendo reñido en cierta ocasión con Pedro Peralvillo, díjole donde muchos la oyeron, que se acordaría de ella 61

NUÑEZ DE ARCE

por todos los años de su vida; y en efecto, dos semanas después de proferida la amenaza, un tremendo pedrisco, precedido de truenos y rayos, arrasó los campos del pobre Peralvillo, mató su ganado de labor y le dejó a pedir limosna, sin que pudiese apenas recoger el grano preciso para la inmediata sementera. Un chicuelo, que andaba a caza de cigarrones y saltamontes, vió, poco antes de la catástrofe, a la tía Aldonza de pie en medio de la heredad, trazando en el aire círculos simbólicos con una varilla de avellano y pronunciando palabras cabalísticas, y afirmó que, lleno de inquietud, se escondió detrás de un zarzal de la linde, desde donde pudo observar, sin ser notado, la aparición de un monstruo en figura de hombre, todo compuesto de fuego, con dos cuernecillos en la frente y los pies de ganso. El chico no llegó a comprender lo que la tía Aldonza decía al monstruo, el cual no debía ser otro que Satanás; pero declaró delante de personas graves y abonadas, tales como el susodicho sacristán Diego Ortega, el albéitar y el cirujano, que cuando con más calor hablaban, se inflamó el aire, se ennegreció el cielo y comenzaron las nubes a despedir granizo sobre las rozagantes mieses, con desatada y arrolladora furia.

Con tantos datos, todos fehacientes, y otros muchos que no cito, porque si lo hiciera sería el cuento de nunca acabar, no es maravilla que la tía Aldonza tuviese la reputación de bruja sólidamente asentada en diez leguas a la redonda, ni que las gentes dijeran que por menos motivo habían sido quemadas públicamente en los «autos de fe» de Cuen-

ca y Toledo otras mujeres, cuyos sortilegios, hechicerías y delitos jamás llegaron a la enormidad de aquellos que se imputaban a la repugnante vieja de mi historia. Pero a bien que la Santa Inquisición no se dormía sobre sus laureles, y ya había indicios de que andaban sus sabuesos a la husma de lo que en el pueblo acontecía, siendo de esperar que al cabo purgase la tía Aldonza en la hoguera, como merecía, para desagravio del cielo, la perversidad de su vida, sus pactos con el demonio y la torpeza de sus costumbres, no por oculta menos cierta.

II

Odiada de todos, de todos temida, la tía Aldonza vivía en el lugar, apartada, como leprosa, del trato humano, sin más compañía que la de una sobrina de diez y siete abriles, hermosa como un sol e inocente como una paloma, a quien seis años atrás había recogido en su casa. Llamábase Catalina, y era, sin disputa, la doncella más garrida, no sólo de Buenache de la Sierra, sino de todos los pueblos del contorno. Rubia y sedosa cabellera, como la de un ángel, adornaba el óvalo perfecto de su cara blanca y sonrosada, que no había podido curtir la intemperie, y que animaban una nariz de perfil purísimo, casi griego, una boca pequeña y encarnada parecida a entreabierto capullo, y dos ojos claros y transparentes, que chispeaban entre sus largas pestañas como astros en serena noche de estío. Vestía tosca y miserablemente, según correspondía a su condición y estado; pero era tal su donosura, y había tanta gracia natural en sus movimientos, que, a pesar de la humilde saya de remendada estameña con que cubría la esbeltez y corrección de sus formas, habría podido tomársela por alguna de aquellas princesas disfrazadas de pastoras, algo montaraces y redichas, de que estaban atestadas las églogas y

novelas bucólicas del siglo XVI. Para que el parecido resultara mayor, conviene hacer constar que también en instrucción, aunque la suya no fuese mucha, sobrepujaba a las demás muchachas del pueblo, sin exceptuar a las más hidalgas. Habíase criado hasta los once años bajo la tutela y dirección de otra tía suya, organista en un convento de monjas de Cuenca, donde con su despejo natural y vivo, recogió provechosas enseñanzas. Aprendió a leer de corrido, a escribir no tan bien, algo de latín y un poco de música, con lo cual, si no hubiese muerto la buena madre, Catalina habría profesado al cumplir la edad, y quizás andando el tiempo, reemplazado a su tía en el coro.

Y ojalá nunca hubiese salido de las cuatro paredes del claustro, porque ¿de qué le valía en el siglo ser hermosa y discreta? La vergonzosa fama de su tía pesaba sobre ella como losa de plomo, y sentía transcurrir sola, triste y abandonada de todos las mejores horas de su juventud, sin una amiga, ni un amante, ni un piadoso confidente de sus penas. Huíanla las jóvenes de sus años con desdén y desabrimiento, y tal vez más celosas de su peregrina y envidiada belleza que asustadas de lo que en el pueblo se decía, y los mozos, que, donde no podían ser vistos ni censurados, la acosaban con miradas ávidas y pecaminosas, no se atrevían, sin embargo, a danzar con ella en el corro de los domingos. Cierta día un mal aconsejado forastero tuvo el descaro de sacarla a bailar; pero no se hizo esperar el castigo, porque al punto se interrumpió la comenzada rueda, alejaronse de allí las demás parejas, cuchicheando indignadas, y 65

NUÑEZ DE ARCE

hasta el gaitero y el tamborilero suspendieron la música, como si creyesen rebajados sus oficios concejiles tocando para solaz y entretenimiento de aquella desvalida niña, unida por tan estrechos vínculos a la mal encarada bruja, terror y escándalo de la comarca. Catalina se alejó silenciosa, sin poder apenas reprimir las lágrimas, de un sitio en donde con tan injusta dureza se la trataba, y resignándose desde aquel momento con todas las consecuencias de su mala suerte, no volvió a mezclarse en los juegos de sus compañeras, ni a turbar con su presencia los goces de la juventud de que a ella, pobre huérfana sin defensa ni amparo, con tanta crueldad se la desposeía.

Pero, como dice un antiguo refrán castellano, todo tiene remedio en el mundo, si no es la muerte, y ninguno puede llamarse hasta el fin dichoso, ni desdichado. Fué el caso que por aquellos días llegó a Buenache de la Sierra, de donde era natural, un soldado de los tercios de Flandes que había regresado a España para asuntos del servicio. Rayaba Sancho Gil, que por este nombre respondía, en los veintisiete años, y era tan ágil y fornido como de apuesto y airoso continente. Su rostro, tostado por el sol de los campamentos, revelaba desde luego resolución y audacia, no exentas de hidalga generosidad: tenía la frente despejada; la mirada viva y penetrante, pero tranquila; la nariz grande, y emboscada en ancho y retorcido mostacho a la borgoñona, la boca desdeñosa y algún tanto provocativa. Parco en palabras, pronto de genio y más pronto todavía de manos, gozaba de bien adquirido crédito de valiente en su tercio, con el cual había asis-

tido a la heroica, aunque no siempre afortunada campaña de la Frisia, a las órdenes del ilustre capitán de lanzas don Luis de Benavides y Sotomayor. Honroso testimonio de su esfuerzo varonil y de las empresas en que se había encontrado, eran las innumerables cicatrices que señalaban su cuerpo, todas alcanzadas en defensa de su rey, de su patria y de su Dios contra los rebeldes luteranos, a quienes aborrecía cada vez con mayor saña, como español y como católico. Pródigo de su vida y de su bolsa, jamás contaba ni las cuchilladas ni el dinero que alternativamente daba o recibía; pendenciero con los pendencieros, noble con los vencidos, y si bien osado, nunca procaz con las mujeres, supo granjearse en los cinco años que estuvo fuera de España el aprecio de sus cabos, la cordial estimación de sus camaradas, el respeto de sus enemigos y el amor de muchas flemáticas holandesas, cuya sangre había encendido con su donaire y gallardía.

No hay que decir si la presencia de Sancho Gil en Buenache de la Sierra produciría alboroto verdadero entre las mozas del pueblo. La reputación de arrojado, que le había precedido, su gentileza, abierto carácter y buen porte eran prendas más que sobradas para que palpitaran a su paso no pocos corazones femeninos, ardiendo en deseos de asaltar en buena guerra la voluntad del soldado, que no creían fortaleza inexpugnable. De la noche a la mañana, sin que se coligiera la razón, más de un favorecido mancebo vióse desdeñado por la señora de sus pensamientos, y hubo en Buenache de la Sie-

NUÑEZ DE ARCE

rra, durante unos cuantos días, muchos juramentos de amor olvidados, muchas bodas apalabradas sin causa conocida deshechas, grandes disensiones en el seno de las familias, y aun algunas palizas nocturnas con que desfogaban sin duda su mal humor los desesperados, los ofendidos y los celosos.

No era Sancho Gil hombre que desaprovechara tan favorable coyuntura, ni el interés que entre las hijas de Eva había despertado, y con la libertad de trato que engendran las costumbres militares, disparaba al soslayo requiebros a las unas, ojeadas subversivas a las otras, y abrazos a las que se descuidaban o lo fingían, que cada vez iban siendo en número más crecido. De esta suerte estimulaba las nacientes esperanzas y ocultas ilusiones de las muchachas casaderas o no casaderas del pueblo, que forjándose cada día nuevos castillos en el aire, se preguntaban a sus solas con creciente afán y viva complacencia: «¿Quién será la preferida?» Y claro es que todas se contestaban en secreto, de modo que sólo su corazón las oyera: «¡De fijo yo! Sería el primero que se me escapara.»

¡Pobres e incautas criaturas! A más de una perdióla esta confianza excesiva en sus propias fuerzas, porque Sancho Gil era diestro en emboscadas y ardi-des, sabía hurtar el bulto para no caer en las celadas que le tendían las dulces enemigas de su reposo, y como buen cazador, no le agradaba la pólvora en salvas. Bien puede decirse que siempre iba a tiro hecho y pieza segura.

La obscuridad y aislamiento en que Catalina vivía
68 preserváronla por entonces de la especie de vértigo

amoroso que parecía haber contagiado a todas las mozas del lugar. Por otra parte, habituada, como estaba desde que la recogió su tía Aldonza, al menosprecio de sus convecinos, tenía la infeliz tan desventajosa opinión de sí misma, que si alguna vez, cediendo a los irresistibles estímulos de la naturaleza, le había aquejado el deseo imperioso de amar, jamás en su abatimiento se juzgó digna de ser amada. ¿Qué sentimiento de compasión y cariño podía inspirar ella, a quien todos rechazaban y aborrecían? ¿Quién había de fijar su atención en un ser tan insignificante, miserable y humillado?

Esto creía de buena fe, pero se engañaba. A pesar de su esforzado apartamiento del mundo, Sancho la vió un día en que, sola como de costumbre y a las horas en que las demás jóvenes de su edad no concurrían a la fuente, llenaba su cántaro en el único manantial de agua potable que, no lejos del pueblo, en pintoresca alameda brotaba; y al encontrarse con ella, deslumbróle su incomparable belleza, sintiendo nacer en él no vano y efímero capricho, sino una pasión sincera y profunda. Acercóse a la doncella, tímido y alterado, no obstante su proverbial desenvoltura, y Catalina oyó estremecida, como la hoja en el árbol, las primeras palabras de amor que con balbuciente labio Sancho Gil le dirigía. Aquel lenguaje de fuego, cuya regalada música nunca había resonado en sus oídos, sacudió el corazón de la pobre niña, que estaba paralizado, mas no muerto, haciéndole despertar con el vigor del germen en el surco cuando le penetra el calor del sol; enardecióse la sangre en sus venas; bulleron en su virgen fan-

NÚÑEZ DE ARCE

tasía, como evocados por la varilla de un mágico, mil sueños de ventura, y a medida que el soldado se explicaba, todo se engrandecía y transformaba a los ojos de Catalina, pareciéndola más hospitalaria la tierra, menos cruel su sino y más hermosa la vida. ¿Qué más he de decir? A las pocas horas de haberse conocido aquellas dos almas, hasta entonces tan separadas y extrañas, se comprendieron y se amaron.

No tardó en divulgarse por el pueblo la que podría llamar infausta nueva. Sancho cayó como ídolo vencido del pedestal en que el entusiasmo femenino le había colocado, siendo las mujeres que más le ensalzaron, mientras abrigaron la esperanza de atraerle y fijar su veleidosa atención, las que con más iracundo encono después le zaherían. Tampoco fué más dichosa Catalina, pues la levadura de envidia que contra ella fermentaba de antiguo en los corazones de sus compañeras, se convirtió súbitamente, como se convierte la chispa en hoguera, cuando encuentra combustible y el viento la atiza, en odio envenenado y mortal. Pero ¿qué les importaban a los dos amantes los rencores y murmuraciones del mundo?

Todas las tardes, sobre poco más o menos a la misma hora, encontrábanse a la mitad del camino que desde el lugar conducía a la alameda, donde Sancho esperaba a la elegida de su alma para acompañarla hasta la cercana fuente, llevándola el cántaro; allí se deslizaba para ambos el tiempo sin medida, entretenidos en sabrosas pláticas, y cuando el sol empezaba a trasponer las cumbres comar-

canas tornaban al pueblo, ella radiante de felicidad y él cada vez más enamorado y rendido.

Una viejecilla, maliciosa y murmuradora, que pedía limosna a la entrada del lugar, de donde era vecina, refunfuñaba todas las tardes al verlos volver risueños, descuidados y dichosos:

—¡Hum! ¡Milagro será que con tantas idas y venidas el cántaro no se rompa!

III

Plácidamente transcurrían las horas para los dos amantes, sin que se dieran cuenta de la veloz carrera del tiempo, hasta que al cabo, como sucede siempre, ligera nube empañó el diáfano cielo de sus alegrías. Sin que Sancho Gil pudiera explicarse el motivo, Catalina cayó de pronto en honda e incurable tristeza, cuyos efectos procuraba disimular en vano, porque muchas veces, en medio de las más vivas expansiones de su cariño, arrasábase de lágrimas los ojos, e inclinaba la frente meditabunda y mustia como flor que se dobla sobre su tallo. Cuantos esfuerzos hizo el suspicaz soldado para averiguar la causa del secreto e imprevisto dolor que laceraba el corazón de su novia, fueron inútiles; a sus reiteradas indagaciones y pesquisas contestábale siempre negándolo todo y burlándose con forzada risa de las inquietudes de Sancho, que calificaba de locas e infundadas cavilosasidades.

¿Es extraño que despertase en él grandes sospechas y temores la rara tenacidad con que la melancólica doncella pretendía encubrir el misterioso pesar que la abrumaba? «¿Por qué se aflige? ¿Por qué llora?» pensaba Sancho; y no pudiendo hallar satisfactoria respuesta a sus dudas, daba libre rienda

a la imaginación, siempre propensa a creer en lo más malo, creyéndose vilmente vendido por la mujer a quien había consagrado la única pasión verdadera de su vida.

Tan angustioso estado no podía prolongarse muchos días, y como era de esperar, estalló al fin el volcán que dormía en el fondo del amante celoso. Una tarde, poco antes de la puesta del sol, Catalina y él, sentados a la vera del fresco manantial, medio escondido entre el espeso ramaje de los fresnos a cuya sombra nacía, seguían con mirada absorta el rápido curso del hilo de plata, que escapándose del remanso, iba a perderse en lo más hondo y apartado del valle. Bajo la penosa impresión de sus encontrados pensamientos ambos estaban tristes, abstraídos y mudos, hasta que de improviso, desviando Sancho la vista de la fugitiva corriente y clavándola en su novia, exclamó con voz sorda y ahogada:

—¡Tú me haces traición, Catalina!

—¿Yo? —repuso la joven sorprendida—. ¿Qué estás diciendo?

—¡La verdad! —repuso él con mal disimulado enojo—. ¡Basta de engaños y mentiras! ¿No son, por ventura, claras pruebas de tu falsía el hondo abatimiento en que a menudo caes, las lágrimas que viertes, los gemidos que, cuando más contenta finges estar, pugnan por salir atropelladamente de tu seno, y el obstinado silencio en que te encierras a pesar de mis súplicas? Es en vano, fermentada, que niegues tu culpa. ¿Por quién puedes llorar como lloras, sino por algún rival mío, quizás ausente, quizás muerto, mas no olvidado?

NUÑEZ DE ARCE

Catalina nada contestó; bajó la cabeza y permaneció por breves momentos ensimismada. Notábase que en lo más recóndito de su pecho reñían en aquel instante dura batalla, de un lado el deseo de desvanecer los ofensivos recelos de Sancho, y de otro, el espanto que le inspiraba la penosa confesión de un secreto, acaso horrible, hasta entonces con tanto empeño escondido. Resolvióse, por último, a hablar, y fijando con indefinible angustia las humedecidas pupilas en su amante, exclamó haciendo un supremo esfuerzo:

—¡Puesto que lo quieres, sea! Todo lo sabrás, aunque me cueste la vida. Pero antes júrame por la santa memoria de tu madre que a nadie revelarás, ni siquiera en el trance de la muerte, lo que voy a decirte.

—¡Te lo juro! — dijo Sancho con acento grave y solemne.

—¿Ni al alcalde del lugar? — preguntó Catalina.

—¿Al alcalde? ¡Bah!... — respondió con desdeñosa sonrisa el soldado.

—¿Ni al señor cura? — volvió a preguntar la joven con viva ansiedad.

—Pero ¿qué tiene que ver el señor cura con todo esto? — replicó Sancho poniéndose serio, y no poco maravillado de lo que oía.

—¿Es que te arrepientes de tus juramentos? — repuso Catalina impacientándose.

Sancho quedó un punto perplejo sin saber qué decir; rascóse la oreja con aire distraído, y luego, venciendo sus escrúpulos, contestó resueltamente:

74 —Pues no me vuelvo atrás. ¡Ni al señor cura!

—Entonces acércate y escucha —añadió Catalina en voz baja, no sin mirar azorada e inquieta alrededor suyo, como si temiese ser oída—. Desde que vine al pueblo, claro es que llegaron a mi noticia, siquiera fuese vaga y confusamente, los rumores de que mi tía Aldonza tenía hecho pacto con el demonio; pero siempre me resistí a creerlos. Rebelábame hasta hace poco en silencio contra las malévolas acusaciones que se la dirigían, considerándola víctima, como yo, de los chismes y malquerencias del lugar. Nada, por otra parte, había observado en mi tía que justificara la opinión de las gentes: asistía puntualmente conmigo a misa los domingos y demás fiestas de guardar, edificándose con su devoción; íbamos por la tarde al santo rosario; se confesaba a menudo, y era de las beatas que, como dice el sacristán, se llevan todos los días las llaves de la iglesia. Verdad es que constantemente me trataba con despego, como si se gozara en hacerme padecer; pero yo perdonaba la aspereza de su carácter atribuyéndola, no sólo a las naturales impertinencias de su edad avanzada, sino a lo mucho que debían haberla agriado las calumnias e injusticias de sus convecinos. Mas ¡ay! veinte días hace que ha caído la venda de mis ojos. Llamóme un sábado a su alcoba, donde con gran solemnidad y misterio me confesó que en efecto era bruja, pintándose con los más vivos colores las alegrías y placeres que le proporcionaban sus añejas relaciones con el diablo, y proponiéndome que la acompañara aquella misma noche a una de sus sacrílegas rondas. Yo la escuchaba atónita; neguéme horrorizada a se-

guirla: instó, suplicó, porfió, lloró, pero todo fué en vano, y jamás pudo vencer mi repugnancia. Entonces, vomitando maldiciones y blasfemias, arrojóse sobre mí como enfurecida loba, y arrastrándome por el pelo, me golpeó sin piedad, diciéndome con voz ronca, semejante a un aullido: «¡Ya cambiarás de idea, víbora, ya cambiarás! Satanás, mi señor y dueño, está enamorado de ti, y es forzoso que seas suya. Se lo he prometido, y lo serás, porque yo lo quiero.»

—¡Ira de Dios! —exclamó Sancho, poniéndose en pie de un salto, como tigre herido, y echando mano a la empuñadura de su espada.

—Desde aquel instante —prosiguió diciendo Catalina entre mal reprimidos suspiros— mi vida es continuo tormento. Todos los días, con palabras melosas, blandos halagos y tentadoras promesas, procura vencerme, y cuando ve que no puede conseguirlo, se lanza frenética sobre mí, pellizcándome, arañándome y atarazándome con bárbara crueldad. ¡Mira! —añadió mostrando sus hermosos y redondeados brazos, cubiertos de mordiscos, rasguños y cardenales— así está todo mi cuerpo. ¡Y si no fuera más que esto! Pero terribles visiones me persiguen en sueños, y tengo miedo de quedarme dormida. Apareceseme el diablo bajo distintas formas, y me aseña, y me acosa, y me hostiga sin cesar, a veces risueño y a veces sombrío. Lucho con él en las tinieblas, invocando el nombre de la Virgen María y repitiendo las oraciones que aprendí en el convento, hasta que la fatiga me rinde, y entonces, para librarme de las tenaces embestidas del demonio, tengo la precau-

ción, antes de cerrar los ojos, de poner las manos en cruz sobre mi pecho, como si estuviera muerta.

Sancho escuchaba el relato de Catalina lívido y desencajado, conteniendo apenas su cólera, que había llegado al colmo.

—¡Ay de mí! —continuó la infeliz criatura con la elocuencia que da el dolor verdadero—. ¡Si hay ocasiones en que pienso volverme loca! En medio de la obscuridad veo fantasmas aterradores que me espían con incansable insistencia, y oigo en el silencio de mis noches sin sueño ásperas carcajadas y gritos inarticulados, que parecen decirme: «¡Tú serás mía! ¡Tú serás mía! ¡Tú serás mía!»

Guardó una breve pausa, y exclamó después con la más profunda desesperación, mesándose los cabellos:

—¡Oh, Santa Madre de Dios, consuelo de los afligidos! ¡Qué he hecho yo para ser tan desgraciada?

Luego, cayendo casi sin sentido a los pies de su conmovido amante, abrazándose a sus rodillas con crispadas manos y volviendo hacia él sus miradas suplicantes y despavoridas, añadió entre lágrimas y sollozos:

—¡Sálvame, Sancho mío, sálvame!

—¡Ira del cielo! ¡Ten ánimo, y no temas, que desde hoy te defiendo yo! —gritó el soldado, levantando a Catalina del suelo—. Porque has de saber que te quiero como jamás mujer alguna ha sido querida, y estoy resuelto a luchar por ti, no sólo con todas las brujas de la tierra habidas y por haber, sino con el cornudo rival que me ha deparado mi mala fortuna. ¡Tienes confianza en mí?

NUÑEZ DE ARCE

—¿Lo dudas acaso? — respondió Catalina llorando y riendo al mismo tiempo.

—Pues bien —prosiguió el soldado—. Pruébamelo. El sábado próximo, cuando tu condenada tía, que mil rayos confundan, acuda, como de costumbre, a su nocturno aquelarre, me abrirás la puerta de tu casa.

—Pero ¿cómo quieres?... — replicó la joven bajando los ojos y poniéndose más encarnada que una cereza.

—Abre, y no tengas cuidado —repuso Sancho sin dejarla acabar la comenzada frase—. Pues juro delante de Dios, que nos ve, hacerte mi mujer al pie de los altares en cuanto salgamos de esta singular aventura.

Catalina, trastornada por la alegría al oír la formal promesa de Sancho, no pudo contenerse, y se precipitó en los brazos del generoso mancebo, que la estrechó violentamente contra su corazón, colmándola de tiernas caricias. En el exceso de su felicidad no vieron en aquel momento a un enorme gato negro, de piel erizada y ojos centelleantes, el cual atravesó de un salto el remanso de la fuente, y fué a esconderse bufando entre los espinos y zarzales que cerraban las heredades vecinas. La noche había extendido ya su estrellado manto sobre el mundo cuando los novios emprendieron apresuradamente la vuelta al pueblo, tomando por un atajo para llegar más pronto. Sentada, como siempre, en el umbral de su miserable casucha estaba la vieja pordiosera, que, al verlos pasar a deshora, cabizbajos y pensa-

tivos, farfulló entre dientes, guiñando con maligna intención sus ribeteados y penetrantes ojuelos:

—El cántaro no se ha roto todavía; pero ya está cascado, y se romperá.

IV

Llegó la esperada noche del sábado. Aun no se habían apagado las últimas vibraciones de la campana que acababa de dar las doce en el reloj del pueblo, cuando Catalina, después de haberse cerciorado de que su tía había tomado el camino del humo para asistir a su conciliábulo semanal, abrió con el mayor sigilo la puerta de la casa a su rendido galán, según lo concertado con él días atrás en la fuente.

—¿Voló la bruja? — preguntó Sancho al entrar.

—Hace poco — respondió Catalina trémula y avergonzada al verse sola con su amante.

—Pues guíame a su cuarto —repuso el soldado sin notar su turbación— y búscame al punto la escoba más inútil y vieja que haya en la casa.

—¿Qué piensas hacer? — exclamó la joven maravillada.

—Allá veremos — contestó Sancho, como quien no quiere comprometerse demasiado con la respuesta.

Y esto diciendo, avanzaron por la estrecha y escurridiza escalera, cuyos desiguales peldaños y negras paredes apenas lograba alumbrar la dudosa luz del candil que Catalina resguardaba con el hueco

por las rendijas de ventanas y puertas, sutilmente se colaba.

Subieron, por fin, no sin que Sancho tropezara varias veces, al obscuro y desguarnecido camaranchón donde la tía Aldonza tenía su cama. Consistía ésta en miserable jergón de tela burda, por cuyos agujeros se salía la paja, tendido en medio del cuarto, y sobre el cual veíase arrebujado un raído y mugriento cobertor de lana que había perdido ya, a fuerza de años, sus primitivos colores. La tía Aldonza nunca había consentido que su sobrina entrara sola en aquella especie de antro en que dormía, ni siquiera para limpiar las telarañas, que amplia y holgadamente colgaban del techo como las mallas de espesa red. Ni mesa, ni banquillo, ni arcón, ni anafe había en aquella desmantelada estancia, cuya desnudez daba frío, como no fuese otro candil, que, pendiente de un clavo, despedía a intervalos sus últimas y vacilantes llamaradas.

—¡Valiente leonera! — dijo Sancho paseando la vista en torno suyo.

Y después, volviéndose hacia Catalina, añadió:

—Anda, hija, anda, y tráeme la escoba que te he pedido.

No bien estuvo solo, descolgó el candil, atizó su amortiguado pabilo, miró a un lado y otro, como quien busca algo que no encuentra, paróse a meditar un instante, y exclamó después lleno de confusiones:

—¿Dónde tendrá la vieja sus maldecidos untos? ¡Ah, necio de mí! —dijo de pronto, dándose una palmada en la frente—: o se los ha llevado consigo, lo cual no es probable, o están guardados en el jergón.

NÚÑEZ DE ARCE

Dobló, al decir esto, la rodilla en tierra, y alzando el candil para alumbrar de lleno el campo de sus maniobras, empezó a palpar en la paja, casi deshecha en menudas briznas, hasta que tropezó con un cuerpo duro y compacto que en una de las puntas del jergón estaba oculto.

—¡Hélo aquí! —gritó alegremente como si se hubiera hallado un tesoro; y metiendo el brazo por los desgarrones de la tela, sacó un sucio lío de trapos de distintos tiempos, clases, procedencias y colores. Deshízole luego pingajo por pingajo, no sin mal disimulada repugnancia, y descubrió al fin en las entrañas del hediondo envoltorio una desportillada jícara, tapada con papel de estraza, en la misma forma usada por los boticarios. Rompió aceleradamente el papel para examinar a sus anchas el nauseabundo unguento que el tarro contenía, y dijo al verlo, echándose hacia atrás casi desvanecido: — ¡Uf, qué asco! ¡si hiede a sepultura!

Pero reponiéndose en seguida de la desagradable impresión que el diabólico unto había producido en su olfato, guardó cuidadosamente jícara y trapos debajo del jergón, temeroso sin duda de que Catalina le sorprendiera y tratara de impedir la realización del plan que había concebido, si llegaba a enterarse de él. Seguro ya por esta parte de no ser descubierto, y mientras su novia llegaba, púsose a dar vueltas por el reducido zaquizamí, y poco a poco, arrastrado por la impetuosa corriente de sus ideas, comenzó a hablar solo, distraído y sin saber lo que se hacía.

82 —Vamos a cuentas, Sancho amigo —decía paseán-

dose— y piensa bien cómo saldrás del apretado lance en que te has metido. Quizás sería mejor y más acertado que diceses cuenta a la Santa Inquisición de lo que aquí pasa; pero has jurado callar, y un hombre como tú no vuelve tan aína sobre un juramento libremente y con plena voluntad prestado. Ahora bien; ¿puedes consentir, como español y como católico, que el demonio te birle la novia y se lleve un alma cristiana al infierno? Eso no ¡voto a bríos! aunque pierdas la vida; y puesto que no hay otro camino que éste que has imaginado para salvar a Catalina de las garras de su astuto perseguidor, y la quieres bien, y no puedes contar con humano auxilio, so pena de vender un secreto que has prometido guardar, y la farandulera de la bruja anda en tratos para entregar a Satanás lo que no es suyo, ¡adelante! y salga el sol por Antequera, que dispuesto estoy a habérmelas, si Dios me favorece, como espero, con el mismísimo Satanás en persona. Contra sus malas artes tengo yo mi fe, y contra sus cuernos, mi espada.

En esto entró de vuelta Catalina, impaciente por saber para qué necesitaba Sancho en aquella ocasión la escoba que con tanta insistencia le había pedido, y que, en efecto, le traía. Pero el soldado, firme en su propósito, no satisfizo la curiosidad de su novia; antes bien, dirigiéndose a la joven con tono de autoridad, puso término a sus reiteradas preguntas, súplicas y lamentos, diciendo:

—Basta de lloriqueos. Si, como dices, tienes confianza en mí, no pretendas conocer lo que no he de contarte, así me trague la tierra, hasta que haya 83

NUÑEZ DE ARCE

salido airoso de mi empeño. Sólo te encargo y exijo que a nadie reveles nada de cuanto aquí suceda, ni te asustes si ves que desaparezco, como tu tía, sin saber por dónde, ni dudes de mi cariño si observas que tardo en volver, porque, pese a quien pese, tuyo he de ser en esta vida y en la otra. Por lo demás, ten como cosa cierta que con el auxilio de Dios he de librarte para siempre de las asechanzas del diablo; aunque por si acaso, bueno será que no te descuides, porque el demonio hila delgado, es muy travieso, y muy capaz de hacernos en un abrir y cerrar de ojos la más mala pasada del mundo. Con que, prenda mía, ya que sabes lo que puedes saber, dame un abrazo y vete.

La joven, acongojada y recelosa, quiso replicar; pero Sancho, cubriendo su frente de apasionados besos, empujola fuera del cuarto, a pesar de la resistencia que ella, deshecha en lágrimas, oponía, y exclamó con voz solemne al cerrar tras de su amada la puerta de la habitación:

—Catalina, no lo olvides: ¡reza por ti y por mí, y confía, que pronto nos veremos!

Después, cuando se halló otra vez solo, volvió a sacar de debajo del jergón la inmunda jícara, examinó con delectación la templada hoja de su espada de Toledo, que aquella misma tarde tuvo la feliz idea de rociar con agua bendita, y encomendándose a Dios con toda su alma, se dispuso a emprender su extraordinaria y arriesgada expedición en busca del diablo.

La noche, hasta entonces clara y serena, se había
84 tornado lóbrega y tormentosa; densos nubarrones

cubrían el cielo, y empezaban a oirse distantes y confusos los bramidos del viento que sacudía los pinos seculares y azotaba las rocas de la vecina sierra. Sancho, ocupado en hacer sus aprestos de viaje, no levantó una sola vez la cabeza, ni se le ocurrió siquiera mirar el espacio al través del estrecho tragaluz por donde recibía el aire el infecto chiribitil de la bruja, porque si lo hubiera hecho, habría visto asomado al agujero y fijo en él con sarcástica risa el más horrendo rostro que en enferma imaginación puede engendrar ¹²⁵ la calentura. Era aquel rostro anguloso, cetrino, duro, y aunque aisladamente consideradas sus facciones aparecían regulares, casi podía decirse que hermosas, el conjunto resultaba tan monstruoso, que no podía mirársele sin espanto. Sus ojos, profundos como el mar y como él tempestuosos, fulguraban de vez en cuando del mismo modo que las olas sacudidas por el remo de las noches de verano. Su nariz prominente y encorvada daba sombra a unos labios delgados, reprimidos y burlones, en los cuales erraba la sonrisa a la vez más irónica, doliente y amenazadora que hombre nacido de mujer ha visto ni verá. Negras, abundantes y crespadas guedejas, enmarañadas como selva virgen, por donde, a semejanza de sierpes de fuego, circulaban ensortijándose con rápido movimiento extrañas fosforescencias, coronaban la alta y espaciosa frente, llena de pensamientos sombríos, de la siniestra visión que con tan vivo interés atisbaba desde fuera todo cuanto Sancho Gil hacía. A medida que éste adelantaba en sus preparativos, el fantasma se frotaba alegremente las manos, de las

NUÑEZ DE ARCE

cuales saltaban chispas, y su odiosa fisonomía, donde todas las malas pasiones desbocadas y sueltas parecían haber estampado su huella, se animaba con un gesto, que sin ningún género de duda quería decir: «¡Diviértete enhorabuena, malsín, que ya me las pagarás todas juntas!»

Llegó el momento decisivo. Ungió Sancho algunas partes de su cuerpo con el unto infernal, aseguróse la espada, y montando en el palo de la escoba que Catalina le había traído, salió de improviso por el tragaluz, disparado como una flecha. La sacudida que sufrió al elevarse fué tan violenta y hasta cierto punto tan inesperada, que casi le privó del conocimiento; asíóse a la escoba con el afán del jinete que habiendo perdido los estribos y la silla se abraza al cuello de su indómita cabalgadura, cerró los ojos medio trastornado, y se dejó llevar al través del espacio, diciendo para sus adentros:

—¡Mal empieza la jornada! ¿A que todavía me rompo la crisma?

V

Pero ¡oh extraño prodigio! No bien acababa de salir Sancho por el angosto tragaluz con el ímpetu de que he hablado, cuando por el mismo respiradero penetró en el camaranchón de la bruja una humareda densa, que como niebla opaca envolvió y obscureció momentáneamente la moribunda luz del candil. Poco a poco el negro vapor que se había esparcido por toda la estancia fué reconcentrándose en un punto, y del fondo de aquella espesa aglomeración de humo empezaron a destacarse gradualmente los indecisos contornos de un ser humano, hasta que clara y distinta apareció al cabo de algunos segundos la marcial y arrogante figura de Sancho Gil. Pero ¿cómo se encontraba allí? ¿Cuándo y por dónde había vuelto? ¿Por qué arte misterioso hallábase otra vez en aquel lugar, calzado, vestido y como estaba antes de que emprendiera su aérea peregrinación, tan de improviso interrumpida? ¿Qué significaba la nube de humo de cuyo seno había salido? Ya no podía abrigarse sobre la realidad de su presencia la menor duda; él era: aquel era su rostro, aquel su gallardo continente, aquel su militar arreo, aquel su bien templado acero, en que tanta confianza tenía, hasta para habérselas con 87

NUÑEZ DE ARCE

el diablo. Mas ¿cómo había llegado ¿Quién le había traído?

La proverbial perspicacia del curioso lector habrá comprendido el secreto de esta súbita aparición, si no ha olvidado, como creo, la medrosa catadura de aquel sobrenatural personaje que al través del tragaluz había estado observando hasta el último instante, con mal reprimido regocijo, los preparativos de marcha de Sancho, y sin necesidad de que yo me esfuerce en contárselo menudamente, se pondrá de seguro al tanto de todo. Es el caso que el diablo, ofendido de la treta con que el soldado aventurero le amagaba, había resuelto tomar de él amplia venganza y cumplido desquite. Para lo cual, mientras el temerario mozo iba por los aires en busca suya, Satanás, revistiendo la forma corpórea de su enemigo, trataba, con la más perversa intención que puede haber en demonio resentido, de escamotearle a mansalva la novia, y se relamía de gusto el muy taimado ante la golosa perspectiva de matar dos pájaros de un golpe; o hablando sin rodeos, ante la idea de manchar con engaño el virginal candor de Catalina y hacer una morisqueta de los infiernos a su atrevido, pero imprevisor rival. Quería dar, como vulgarmente se dice, al maestro, cuchillada.

Refocilándose de antemano con la certeza del éxito, descendió con paso firme los peldaños de la empinada escalera por donde se llegaba desde el chiribitil de la bruja hasta la alcoba de Catalina, situada en el piso bajo de la casa. La puerta del cuarto en que la joven se recogía durante la noche, se abrió por sí sola delante de él, obediente y sin ruido; acercóse

Satanás de puntillas, asomando maliciosamente la cabeza para oliscar, sin ser visto, lo que pasaba dentro; pero de pronto retrocedió azorado y tembloroso: descompúsose su fisonomía, empezó a dar diente con diente, y volviéndose de espaldas a la alcoba, quedó por algunos momentos como petrificado. ¿Qué había visto, que así le imponía? Había visto a Catalina orando arrodillada, con la expresión de la fe más viva y del dolor más intenso, a los pies de un tosco crucifijo de madera que en días más bonancibles y serenos le había regalado su tía, la bienaventurada monja de Cuenca, como único escudo contra las tribulaciones de la vida. Oraba por el hombre a quien tiernamente prefería, tal vez expuesto en aquella hora a los mayores riesgos, y al orar por él, rezaba también por sí misma, que había cifrado en el amor de Sancho su única esperanza.

El diablo, todo desconcertado y confuso, fué retirándose por el mismo camino que había traído hasta el primer tramo de la escalera, donde el recodo que la pared formaba, se interponía entre él y la religiosa escena que había excitado su terror. Permaneció en aquel lugar, siempre vuelto de espaldas a la alcoba de Catalina, todo el tiempo necesario para recobrar la calma que había perdido, y luego, haciendo un esfuerzo desesperado, exclamó con voz doliente y compungida:

—¡Catalina, bien mío, ven! ¡ven pronto!

La joven se levantó entre sobresaltada y sorprendida, creyendo haber oído la voz de Sancho. Detúvose suspensa, prestó de nuevo atención, queriendo ahogar, para no perder el rumor más leve, hasta los ace-

lerados latidos de su corazón, y esperó en silencio. Poco después, la misma voz quejumbrosa, que reconoció ya por la de su amante, volvió a decirla con tono melifluo y blando:

—¡Catalina, bien mío, ven! ¡Te espero!

No dudó más. Subió ligera y ágil la pendiente escalera, y entró rebosando de alegría en el cuchitril de la tía Aldonza, donde el diablo, repuesto por completo de su anterior susto, esperábala confiado y risueño, bajo la mentida apariencia de Sancho.

—¡Loado sea el Señor! —dijo la enamorada doncella, no sin que su maligno interlocutor hiciera al oírla un mohín de enojo—. ¡Loado sea el Señor, que te ha apartado, Sancho mío, de tus malos propósitos y vanas tentativas!

—¿Qué es apartar? —replicó el diablo copiando fielmente, no sólo las inflexiones de voz, sino el gesto provocativo y hasta el ademán determinado de su rival—. ¿Por ventura, cuando acometo una empresa, soy hombre de cejar en ella sin más ni más? No me conoces. En seguimiento de mi enemigo iré aunque sea al fondo mismo del infierno; pero como el viaje puede ser azaroso y quizás largo, quiero, vida de mi vida, despedirme solemnemente de ti.

Y antes de que la descuidada niña pudiera defenderse de la imprevista acometida, atrájola arrebatadamente hacia sí, estrechóla con frenesí amoroso entre sus brazos membrudos e imprimió en los castos labios de Catalina un ósculo frío como el soplo de la muerte. Al contacto glacial de aquel beso, la joven sintió circular por sus venas devoradora

90 llama y ascender tumultuosamente desde su corazón

a su cerebro, como sube el fuego desde el fondo hasta la boca del cráter, oleadas de deseos abrasadores que nunca, hasta entonces, había conocido. Convulsa, extraviada, loca, con las mejillas encendidas, los labios trémulos y la mirada incierta, dejóse apriisionar por el diablo, el cual, fascinándola con sus ardientes pupilas en que hervían los más groseros y desordenados apetitos, presenciaba como en triunfo los últimos sacudimientos de aquella virtud agonizante, próxima a sucumbir en tan terrible lucha, no por la torpeza del alma, sino por la insidiosa rebelión de los sentidos. Ya el enemigo malo, redoblando sus torpes caricias, se gozaba con la idea de su fácil victoria, cuando la desdichada virgen pudo escaparse, no sin violencia, de los libidinosos brazos que la apretaban a modo de férreas tenazas, y postrándose de rodillas a los pies de su tentador, balbució trastornada, haciendo con el pulgar y el índice de la mano derecha la señal de la cruz:

—¡Jura, jura otra vez por este bendito signo que serás mi esposo!

Satanás dió un rugido de cólera. La ira y el miedo se retrataron de nuevo en su semblante desencajado; erizósele el cabello, saltábansele los ojos de las órbitas, y como si le ofuscara irresistible resplandor, cubrióse el rostro con las manos, marchando hacia atrás con paso vacilante e inseguro. Un rayo de la luz del cielo penetró entonces en el alma de Catalina: todo lo comprendió; la causa del febril ardor que la consumía, la aviesa intención del diablo, el disfraz con que éste se había presentado, el peligro que la amenazaba; y sacando fuerzas de su propia

NÚÑEZ DE ARCE

debilidad, avanzó, valerosamente hacia el demonio, que seguía retrocediendo amedrentado, como acometido de atroces dolores, mostrándole siempre el sagrado símbolo de la humana redención:

—¡Ah, maldito, maldito! —exclamó al reconocerle, con voz penetrante y fría como el filo de una espada—. Has querido vencerme a traición; pero la piedad de Dios me ha salvado. ¡Ya no te temo!

—Aparta de mi vista esa cruz —dijo el diablo con acento sumiso— y te daré cuanto quieras.

—¿Qué has de darme tú, réprobo? —repuso Catalina llena de santa indignación— y ¿qué he de recibir yo de tus manos impuras? Ni la gloria recibiría, si pudieras dármela, que no puedes, ¡serpiente inmunda y venenosa!

—¡Te acordarás de mí! —refunfuñó el diablo lanzando a Catalina una mirada oblicua, tan cobarde como rencorosa.

—¡Ah! ¿Me amenazas? —replicó la joven cada vez más poseída del espíritu de Dios, acorralando audazmente a su enemigo—. ¿Y qué me importa? Escudada por esta cruz, yo, flaca y mísera mujer, te desprecio; pero despreciarte es poco: te abofeteo y te escupo.

Y al pronunciar estas enérgicas palabras, puso la mano y la saliva en la descompuesta cara de Satanás, que cayó, presa de horribles convulsiones, a las plantas de la inspirada doncella.

—¡Ten compasión de mí! —gimió arrastrándose y retorciéndose por el suelo como culebra quebrantada—. Aleja de mis ojos ese signo que me quema.

—¡No, no! —repuso Catalina en el paroxismo de su sentimiento religioso, poniendo atrevidamente el

pie en la cabeza del demonio. Clavó después en el cielo sus ojos purísimos, en los que resplandecía la fe más acendrada, y dijo con voz vibrante y fervorosa:

—¡Oh, Jesús mío, dadme fuerzas para aplastar la frente de este aborto del infierno! Yo vivía triste, pero tranquila, y ha emponzoñado mis días y mis noches, y ha manchado la imagen de mi amor, tomando, para seducirme, la forma del hombre que reina en mi corazón, y ha pretendido robarme con engaño la pureza del cuerpo y del alma, y me persigue sin descanso, y me martiriza sin piedad... ¿Por qué he de tenerla de ti? —gritó revolviéndose iracunda contra el ángel caído—. ¡Ah, si en mi ánimo estuviera, y la inmortalidad no fuese para ti el mayor y el más insoportable de los castigos, cien y cien veces te arrancaría la vida!

El diablo, conociendo su impotencia para luchar en aquel momento, habíase quedado silencioso, rígido y paralizado; con el rostro pegado a la tierra para no ver la cruz salvadora que Catalina agitaba sobre él con febril exaltación. Así hubiera permanecido largo rato, como lobo cogido en la trampa, cuando ha agotado en estériles esfuerzos su vigor muscular y comprende que la fuga es imposible, si pasada la excitación nerviosa que hasta entonces la había sostenido, Catalina no hubiera sentido los primeros amagos de la natural postración con que termina siempre todo extraordinario sacudimiento del cuerpo o del alma. No es que decayera su voluntad; pero conoció que sus fuerzas desfallecían; irresistible pesadez gravitaba sobre sus párpados, 93

NUÑEZ DE ARCE

que se cerraban a pesar suyo; zumbábanla los oídos, y sintiéndose a punto de caer desvanecida, tendió ambas manos hacia adelante por un movimiento instintivo, como el del ciego que no sabiendo dónde fija el pie, teme hundirse de pronto en desconocida sima. Satanás, aprovechando la ocasión, irguióse altanero y sombrío; fulminó contra Catalina la más vengativa y feroz de sus miradas de fuego; hizo retemblar la casa con una carcajada estentórea parecida a un trueno prolongado, y escapándose por el tragaluz como fugaz centella, gritó, rechinando los dientes de rabia:

—¡Ah, traidora y vil criatura! Me has humillado, pero no gozarás de tu triunfo. Nada puedo contra ti; mas Sancho, a quien amas con el amor de que se muere, está en mi poder. ¡Es mío, y no le verás más!

Pálida, confundida y sin aliento apenas, la infeliz Catalina, dominada por tan encontrados afectos, cayó desplomada como una muerta, exhalando imperceptible gemido, y su hermosa cabeza rebotó con sordo golpe, haciéndose sangre al chocar contra los ladrillos del pavimento.

VI

¿Qué era, entre tanto, de Sancho Gil? Jadeante y trastornado, seguía surcando el espacio a impulsos de la fuerza misteriosa que le arrebatava, haciendo ejercicios difíciles para guardar el necesario equilibrio y sostenerse firme en el escurridizo palo de escoba que le servía de único punto de apoyo en los aires.

Después de algunos instantes de mortal incertidumbre, que le parecieron siglos, recobró al cabo la serenidad perdida. Miró en torno suyo y nada vió; la obscuridad era profunda, intensa, impenetrable como la del sepulcro. Poco a poco, sin embargo, sus ojos fueron acostumbrándose a las tinieblas, y aunque confusamente, creyó distinguir al lado, delante y detrás de él, cerrados escuadrones de brujas, duendes, trasgos, gnomos y endriagos, todos de formas grotescas, caprichosas u horribles, cuya negrura resaltaba del fondo mismo de la sombra, al través de la cual alborotadamente le seguían.

El valor de mi héroe rayaba en temeridad, pero estaba acostumbrado a reñir con los hombres y no con los espíritus infernales. A pesar de la decisión con que acometió esta empresa, su ánimo empezaba a flaquear, y mucho más al sentir que bajo la pre-

sión de sus temblorosas piernas, la escoba en que iba montado se convertía, con acompasados sacudimientos, en alígero y formidable dragón.

Cediendo a un impulso puramente instintivo, como el que muchas veces precipita a los hombres en los mismos peligros que quieren evitar, Sancho, ciego y fuera de sí, quiso arrojarse a tierra desde su escamosa cabalgadura; pero al intentarlo, notó horripilado que sujetaba sus pies viviente y animado nudo. Era una culebra que apretando lenta y suavemente sus flexibles anillos, subió enroscándose por el cuerpo del pobre soldado hasta poner su cabeza achatada al nivel de la de su víctima y fascinarle con sus pupilas inmóviles y vidriosas. Para colmo de horror resonó entonces ronca y estridente carcajada, que repetida por eco interminable, crecía y crecía, confundiéndose con el estrépito de una catarata, cuya rauda corriente aumentará sin cesar. ¿Qué ser extraordinario, fuera de toda medida humana, era aquél que con su risa bronca y destemplada hacía retumbar la tierra y el cielo? Sancho no sabía lo que significaba este inesperado estruendo, ¿ni cómo había de figurarse, ignorando lo acontecido, que fuese la carcajada siniestra y feroz con que en aquel mismo momento Satanás se despedía de Catalina, huyendo de ella abofeteado y escarnecido?

Aun no había vuelto de su asombro cuando le pareció que los ojos del dragón se inflamaban, y a la tibia claridad que esparcían, muy semejante a la que despide el primer albor de la mañana, Sancho pudo ver, como al través de blanca neblina, el medroso pandemonium que en su violentísima carrera

le acompañaba, o más bien, le envolvía. Desde el punto que ocupaba, hasta donde podía alcanzar la vista por la estela fosforescente que el dragón dejaba en pos de sí y por el espacio que con el indeciso fulgor de sus ojos iluminaba ante él, divisábanse innúmeros enjambres de espectros bulliciosos que con celeridad pasmosa iban, venían, avanzaban, retrocedían y volteaban, saltando y zambulléndose alternativamente en la sombra aglomerada encima y debajo de ellos, como en días serenos saltan y se zambullen los peces en el mar. Jinete en negro corcel, cubierto con largas gualdrapas rojas festoneadas de plata, iba delante, rompiendo la marcha a guisa de postillón, un diablo pigmeo y lisiado, que chasqueaba, en vez de fusta, ondulante relámpago, con el cual cortaba a intervalos la lóbrega inmensidad del cielo. Miríadas de híbridos engendros, larvas gigantescas, enanos inverosímiles con cabeza de mujer y garras de grifo, murciélagos colosales, ídolos gibosos, panzudos o informes de la India, del Egipto y de América, dioses arrojados del Olimpo griego, sin patria, ni hogar, ni templo, ni culto, se deslizaban mudos y precipitados, haciendo extrañas muecas y contorsiones por el espacio sin límites. Allí, en indefinible mezcla y turbulento oleaje, atropellábanse con irresistible ímpetu, como impelidos por viento tempestuoso, los duendes domésticos menudos, contrahechos y fisgones; los demonios de un orden superior en cuyas frentes contraídas no se había aún borrado el sello de su primitiva grandeza; las brujas desnudas, secas como momias, cabalgando en machos cabríos o navegando por los aires en rotos cedazos; las antiguas ninfas 97

NUÑEZ DE ARCE

envejecidas y harapientas, lanzadas, por el espíritu de Dios, de los bosques, ríos, fuentes y florestas que antes animaron con su hermosura; los ya caducos e inválidos sátiros; las furias desgredadas, pero impotentes, y, para decirlo de una vez, todos cuantos entes sobrenaturales, maléficos y monstruosos ha soñado o entrevisto la conciencia humana en sus insomnios de desesperación, de locura o de espanto. Y como si tan espeluznante espectáculo no bastara por sí solo para trastornar el cerebro mejor organizado, el vertiginoso movimiento de rotación con que avanzaban estas legiones fantásticas acrecentaba las angustias de Sancho, que atónito y mareado, cerraba los ojos para no ver los prodigios y horrores de aquella noche sin fin, en cuyo seno tenebroso parecía haberse volcado todo el infierno.

Arrebatado por aquel torbellino viviente, a lomos del dragón, cuyo rápido curso no le era dable reprimir ni contener, y prisionero de guerra de Satanás y de sus turbas réprobas, tuvo miedo y tembló, que hombre era, sometido, como todos, a las debilidades y miserias de la flaca naturaleza mortal. Sobrecogido de terror, quiso buscar la protección divina, invocando el sagrado nombre de Jesús; pero la lengua se le pegó al paladar, y no pudo articular palabra. Entonces pretendió recordar mentalmente las piadosas oraciones que había aprendido de niño en el regazo materno; mas su entendimiento y su memoria se habían entumecido, y no acertó a coordinar ni una plegaria, ni una idea. Por último, intentó hacer con las manos la señal de la cruz, y sus miembros no le obedecieron, no sólo porque la voluntad estaba

en él completamente anonadada, sino porque se lo impedían las fuertes ligaduras del reptil asqueroso que le rodeaba el cuerpo como pesada cadena, mirándole siempre de hito en hito.

En este indescriptible estado de desvanecimiento e inercia moral, cruzaba el espacio infinito a la ventura, sin que pudiese siquiera darse cuenta, pues había perdido la medida del tiempo, de lo que duraba su tremenda expedición. Larga, sin embargo, debía de ser ya, y grande la extensión recorrida, porque si bien la densa obscuridad que limitaba por todas partes aquella ronda diabólica no le permitía descubrir nada más allá de la línea vagamente iluminada en cuyo centro se movía, el sordo rugido de las olas y los acres efluvios salinos que hasta él subían, no le dejaban la menor duda acerca de su paso frecuente por encima de los mares, ora sosegados, ora borrascosos. Además, la alternada sucesión de distintas temperaturas, desde el frío glacial de los polos hasta el calor asfixiante de las zonas tropicales, hacía comprender, a pesar de su aturdimiento, que su peligrosa peregrinación podía quizás no tener término conocido, y hasta recelaba si estaría condenado, como alma errante, a girar eternamente y sin reposo alrededor de la Tierra.

Equivocábase, sin embargo, en sus cálculos y temores, porque cuando más lejos creía estar del mundo, cayeron de improviso, él y su infernal acompañamiento, sobre una vasta planicie inculta, que cerraba por todas partes, en forma de anfiteatro, larga cadena de montañas. Al tocar en tierra, deshízose como columna de humo dispersado por el aire el dragón 99

NUÑEZ DE ARCE

que le había traído, y la inmundada culebra que le atormentaba, desprendiéndose de él, se arrastró velozmente por el suelo hasta ocultarse entre unos jarales próximos. Sancho quedó, pues, de pie, libre y suelto en medio de los espectros que le habían seguido, los cuales a la sazón, con desaforada gritería, brincaban y corrían frenéticamente en direcciones opuestas, alumbrados por la pálida luz de la luna.

Pero cuando mayores eran la algazara y el tumulto, una voz tonante impuso a todos orden y silencio.

Alzábase en mitad de la explanada, a manera de dolmen, un grupo aislado de peñas graníticas, donde Satanás, apenas hubo restablecido la disciplina de sus huestes, se sentó imponente y cejijunto, envuelto en negra y flotante túnica, por debajo de la cual asomaban sus enormes pezuñas hendidas. Su estatura era gigantesca, su frente despejada, su mirada dominadora, y había en su expresión indefinible algo que recordaba no sólo su origen excelso, sino la antigua majestad de su celeste jerarquía, que había degradado, pero no perdido. A un gesto suyo todos los demonios mayores y menores, ídolos, brujas, duendes, trasgos y monstruos le hicieron reverencia y se postraron ante él humildemente, menos Sancho, que permaneció erguido, a pesar del invencible pavor que le sobrecogía.

—¡Adórame, esclavo!— gritó Satanás enfurecido, con acento agudo y penetrante como el silbido de una serpiente.

Sancho nada contestó; pero ni inclinó la cabeza, ni dobló la rodilla.

100 —¿Te resistes y me desafías?— continuó el diablo

rugiendo de cólera ante la actitud firme del soldado—. Pues yo abatiré tu soberbia. ¡No hay salvación para ti! ¡Oíd! —clamó encarándose con sus turbas sumisas, que atentamente le escuchaban, y paseando por ellas sus miradas avasalladoras—: Este gusano vil de la tierra se ha interpuesto en mi camino, despertando el amor de la púdica virgen que guardaba yo para mi deleite y para escarnio de los cielos. Por él la animosa doncella me ha despreciado; por él ha puesto su mano en mi mejilla y su pie en mi frente, ¡por él me ha vencido!

Estas palabras de Satanás produjeron prolongado murmullo de indignación y asombro entre la muchedumbre maldita que le obedecía y adoraba. Acallóla con ademán imperioso, y prosiguió diciendo:

—Pero no contento con el mal que me ha causado, este miserable siervo ha querido profanar nuestros ritos misteriosos, sorprender nuestras ceremonias ocultas y medir sus fuerzas conmigo de igual a igual en abierta y campal batalla. ¿No es cierto que debe morir?

—¡Sí, sí! —gritaron todos, agitándose furiosos como las olas del mar alterado—. ¡Debe morir!

—Pero con muerte espantosa como la que he padecido por su culpa —añadió con voz chillona un carbonizado esqueleto de mujer que, abriéndose paso por entre la apretada multitud, avanzó hacia Sancho, desafiándole con sus puños crispados y fijando en él las vacías cuencas de sus ojos—. Por él me tostaron viva. ¡A la hoguera con él!

—¡A la hoguera con él! —aullaron los fantasmas con feroz alegría.

Sancho creía haber oído en alguna parte la voz de aquel vengativo esqueleto; pero no recordaba dónde.

—¡A la hoguera, a la hoguera con él! —volvió a repetir el condenado coro—. ¡Vengüemos a nuestro dueño y señor, y a la maestra Aldonza!

—¡Calla, es verdad! —dijo el soldado para sí, no poco sorprendido—. La tía Aldonza es; mas ¿cuándo y dónde la han achicharrado?

En esto, a una señal de Satanás, algunos duendes malignos, tan diminutos que apenas levantaban dos palmos del suelo, se escurrieron ágiles y sutiles por entre los pocos intersticios y huecos que el apiñado concurso dejaba expeditos, y ganando de un salto la sierra inmediata, volvieron en seguida arrastrando cada cual con fuerza prodigiosa un corpulento pino. Formaron con los troncos elevada pira en menos tiempo del que es menester para contarlos; prendiéronle fuego, y echándose de bruces alrededor de ella, soplaron con tal ímpetu, que la llama rugiente y ondulante subió entre negros remolinos de humo hasta tocar en las nubes.

Pronto la voraz hoguera, semejante al incendio de un monte, iluminó con su resplandor rojizo el pa-
voroso cuadro, y entonces la legión de espectros que había presenciado inmóvil y muda estos preparativos, se abalanzó dando feroces alaridos sobre el pobre Sancho. En aquel apurado trance, el instinto de la propia conservación se sobrepuso en él a los desfallecimientos del miedo, y desenvainando la espada empezó con desesperada furia a repartir
102 tajos y mandobles a diestra y siniestra. Pero sus

repetidos golpes, sólo hendían el aire, porque nada valían contra aquellos implacables enemigos, que le acosaban sin temor estrechando cada vez más el círculo de hierro dentro del cual tan fiera como inútilmente el infeliz soldado se revolvía. Su vigor se agotaba en esta lucha estéril: rendíale la fatiga, copioso sudor frío bañaba su cuerpo, agolpábasele la sangre al corazón, y sentía que le faltaba tierra donde poner el pie; pero a pesar de todo, se defendía sin descanso, blandiendo a un lado y otro su impotente acero. Desencajado y rígido, cedió al fin, abrumado por el número; cien brazos fornidos cayeron a la vez sobre él, haciendo presa, y en aquel mismo instante un inmenso grito de júbilo resonó en el espacio y voló repetido de cumbre en cumbre:

—¡Ya está cogido! ¡Ya es nuestro!

Parecía perdido sin remedio; pero sacudiéndose con violencia desesperada logró desasirse de las manos que le oprimían y arrastraban hacia la hoguera. Libre por un momento, hincó la espada en tierra, sin que pudieran impedirselo; prosternóse fervorosamente ante la cruz de la empuñadura, y clavando en ella su mirada atónita, exclamó con acento en que gemían todos los dolores humanos:

—¡Oh Jesús mío, ampárame!

Al pronunciar Sancho este nombre bendito, el vasto erial, donde tan extraordinarios sucesos acontecían, quedó, como por ensalmo, desierto y silencioso. Todo desapareció; el diablo, su abigarrada corte, la colosal hoguera, hasta el montón de peñas en que Satanás se había sentado como en un trono.

NUÑEZ DE ARCE

Vencido por las fuertes emociones que durante aquella tremenda noche le habían atormentado, Sancho prorrumpió en desgarradores sollozos y perdió el sentido.

VII

Cuando volvió de su desmayo, comenzaba a clarear el día. Incorporóse pesadamente, tendió en torno suyo la vista y reconoció, no sin extrañeza, el sitio en que se hallaba, el cual era un páramo que a corta distancia de Buenache de la Sierra se extendía.

Algún tanto repuesto, enderezó sus pasos hacia el pueblo; pero estaba tan postrado, que tardó más de dos horas en recorrer un trayecto que en otra ocasión habría andado en veinticinco minutos, y aun así vióse forzado varias veces a sentarse en los ribazos del camino. Llegó, por fin, al lugar, despeado y rendido, llamándole la atención, por cierto, los notables cambios que observaba en calles y casas, si es que antes reparó en ellos alguna vez, de lo que no estaba seguro. «¡Ay de mí! —dijo melancólicamente— tendré que dar todavía gracias al cielo, si las estupendas aventuras que me han sucedido no me han hecho perder más que la memoria.»

Dirigióse, sin detenerse en parte alguna, a la antigua vivienda del sacristán Diego Ortega, que era uno de sus más íntimos compinches, y aun algo pariente suyo. No dejaron de producirle alguna impresión la viva curiosidad, casi el asombro, que des-

NUÑEZ DE ARCE

pertaba en cuantas personas, jóvenes o viejas, encontraba a su paso, y la coincidencia, verdaderamente rara en un pueblo pequeño, de que, hasta entonces, ni él hubiera conocido a nadie, ni nadie le hubiera conocido.

Llegó, pensando en esto, a la casa de su amigo Ortega; llamó, y una moza bien parecida, de poco más de veinte años, salió cantando alegremente a abrir la puerta.

—Debo haberme equivocado —exclamó Sancho con un metal de voz que a él mismo le causó extrañeza, y admirándose de no conocer tampoco a la muchacha que le recibía—. ¿No vive aquí Diego Ortega?

—Aquí vivía —respondió la joven mirándole como embobada—; pero murió hace más de treinta años, mucho antes de que yo naciera.

—¡No puede ser! —replicó gravemente Sancho.

—¡Bah! —repuso la moza riéndose en las barbas del soldado—. ¿Si querrá vuesa merced saber en esto más que yo, que soy la nieta del señor Diego Ortega?

Sancho quedó pensativo y guardó silencio, sin comprender bien lo que le pasaba ni lo que oía. Levantó después la cabeza, y dijo a la joven, que seguía examinándole de reojo:

—Estoy muerto de fatiga. ¿Me consientes, hija, reposar un momento en el umbral de la puerta?

—Entre vuesa merced —respondió la muchacha— que en casa, a Dios gracias, tienen mis padres donde descanse con menos molestia que en la dura piedra, y pueda tomar, si gusta, una loncha de jamón

Aceptó Sancho, y penetró en la habitación, que estaba muy variada de como en otros tiempos la había dejado. Deseoso de salir cuanto antes de dudas, avanzó, rechazando el banquillo que la joven aflablemente le ofrecía, hasta una antigua cornucopia, colgada en el centro de la pared, como el mejor adorno de la sala, y al mirarse en ella retrocedió estupefacto. La imagen que el espejo reflejaba no era la suya, sino la de un viejo decrepito, encorvado bajo el peso de un siglo, o poco menos, débil, vacilante, de ojos apagados y hundidos, mejillas surcadas de arrugas y escasa barba blanca. Como si se resistiera al convencimiento, volvió Sancho vivamente la cabeza, creyendo hallar detrás de él la venerable figura del anciano que en el espejo había contemplado, y sólo vió a la joven, ya bastante inquieta y recelosa de lo que observaba. Atrájole de nuevo la imagen que el cristal fielmente reproducía; miró y remiró restregándose los ojos, y al cabo tuvo que rendirse a la evidencia: él era, y en aquel rostro envejecido que veía delante, descubrió y reconoció al través de los estragos de la edad, los rasgos más característicos que de sí mismo, en días más felices y alegres, retenía en su memoria.

—¡Dios mío! —exclamó espantado—. ¿Y ése soy yo?

La joven, asustada de los movimientos y ademanes de Sancho, y en la duda de si podría habérselas con un loco, llamó a gritos a su madre, que acudió sobresaltada. Era la tal una setentona bastante bien conservada para sus años, de aspecto bondadoso y abierto, que al encontrarse de manos a boca con un desconocido cuya fecha y cuya facha la dejaron ab-

NÚÑEZ DE ARCE

sorta, preguntó a su hija con alguna prevención y mal disimulada desconfianza:

—¿Quién es este hombre, Teresa?

—Soy —contestó Sancho conmovido, adelantándose hacia la recién llegada —un desdichado que ha estado cautivo, no sabe cuántos años, en poder de infieles. Sólo sabe que salió de su patria mancebo y robusto, y torna a ella viejo y postrado.

Al decir esto, gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas descarnadas, lágrimas que hubieran ablandado a una fiera, cuanto más a las dos pobres, sencillas y compasivas mujeres que atentamente le escuchaban.

—Siéntese vuesa merced, que estará fatigado —dijo Teresa enternecida y acercándole un sitio.

—Tomará vuesa merced alguna cosa, una escudilla de caldo, vino, lo que más apetezca —añadió la anciana con solícito interés.

—Gracias, hijas mías —replicó Sancho—. Nada necesito. Sólo deseo que me deis noticias de algunas personas que en mi juventud traté en este lugar.

—Pregunte vuesa merced, y será servido en lo que sepamos —repuso cariñosamente la buena anciana.

—He padecido tanto y he corrido tan grandes azares —prosiguió Sancho con voz temblorosa— que apenas conservo la memoria. ¿En qué año del Señor estamos?

—En el año de gracia de 1659 —se apresuró a responder Teresa.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —dijo Sancho para sí inclinando la frente—. ¡Setenta años ha durado la horrible noche de mi viaje! ¿Y qué he vivido?

Apoyó al decir esto la cabeza entre sus manos, y así permaneció largo rato, sumergido en honda meditación. Repúsose al cabo, y suspirando profundamente, preguntó no sin algún embarazo:

—¿Qué fué de cierta vieja, llamada Aldonza Rodríguez, tenida en opinión de bruja, allá por los años de 1589?

—Era yo muy niña cuando la quemaron en Cuenca —contestó la madre de Teresa—. No la conocí, pero oí decir a mi padre, que esté en gloria, que la tal Aldonza había sido la más perversa mujer de todo el reino. Culpáronla, entre otras cosas, de haber hecho desaparecer a un gallardo soldado que residía con licencia en el pueblo, y convicta de sus maldades y delitos, sentencióla a morir en la hoguera la Santa Inquisición.

—Ahora comprendo —pensó Sancho— la mala voluntad que me mostraba. Es natural que quisiera quemarme vivo.

Después, procurando en vano aparentar la tranquilidad de espíritu que le faltaba, exclamó con acento débil y abatido:

—¿Y no podrá vuesa merced decirme también cuál fué la suerte y el fin de una hermosa sobrina que la tía Aldonza tenía?

—¡Pobrecilla! —respondió la anciana—. Poca ventura debió al cielo. Según oí contar en mis mocedades, habíase rendido al amor del soldado, que la infame bruja, ignoro por qué motivo, se llevó en volandas, sin que se supiera más de él. Cuatro años consecutivos esperó la joven a su novio, y viendo que no volvía, se metió monja en el convento de

NUÑEZ DE ARCE

Madres carmelitas de Cuenca, donde murió en olor de santidad al año y medio de haber profesado.

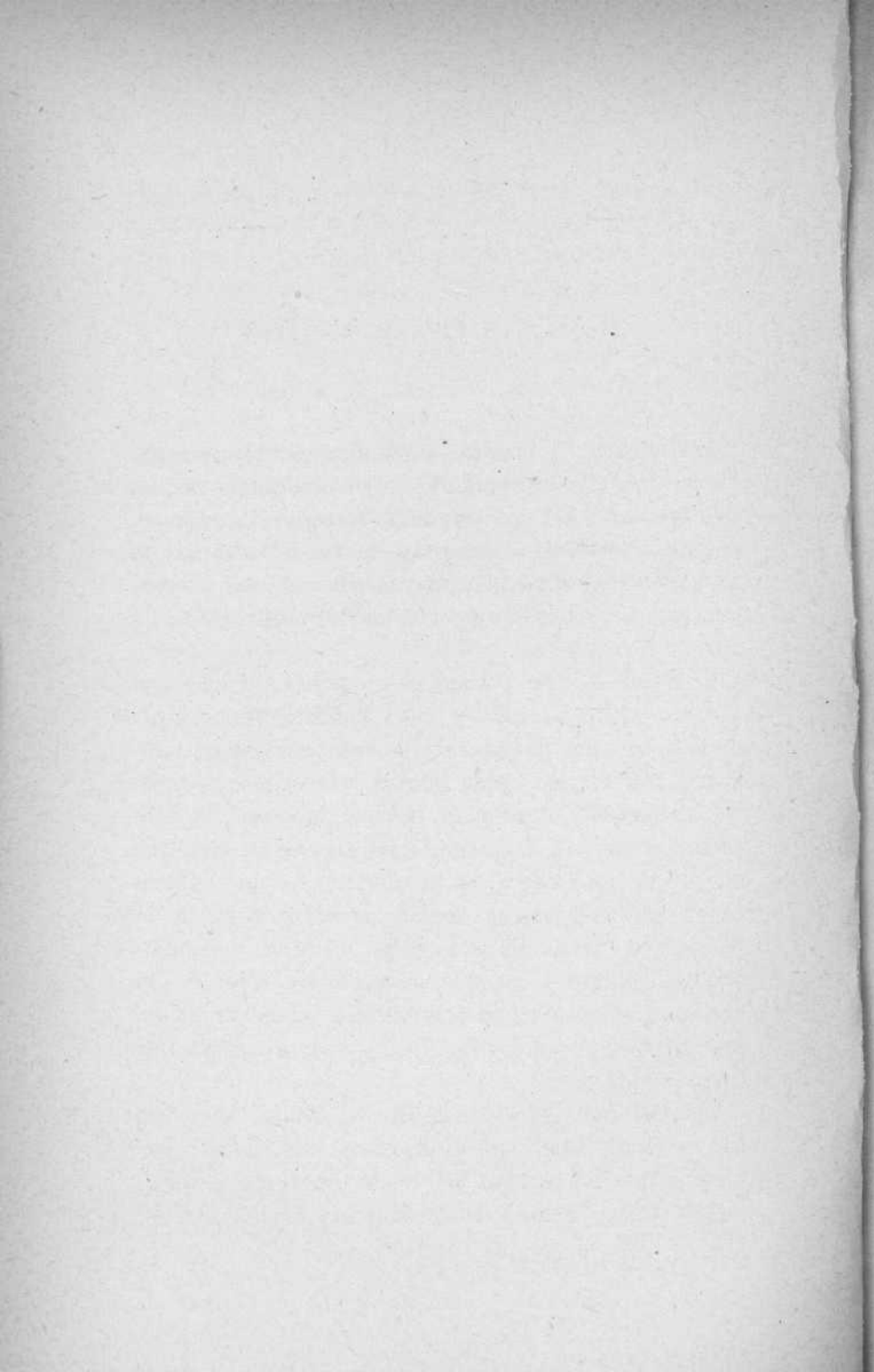
—¡Basta! —dijo Sancho interrumpiéndola y sin poder reprimir sus sollozos—. ¡Bien guardada está! Ya sé dónde me espera.

Ocho días después de la escena que he referido, acababa cristianamente su vida en un monasterio de franciscanos, donde le habían recogido de limosna, y decía con humilde resignación al piadoso fraile que le auxiliaba en sus postrimerías:

—¡Ay, padre mío! ¡Cuánto he sufrido en este mundo por haber provocado temerariamente las iras del diablo! Pero me consuela la idea de que seré venturoso en el cielo, al lado de mi pobre Catalina, porque siempre he tenido fe y confianza en Dios.

1878.

HISTORIA DE MI VECINO



El hombre ha creado la palabra *suerte* para encubrir con ella el resultado de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasiones. Excepto algunos accidentes fortuitos, que están fuera del alcance de la previsión humana, la mayor parte de las desgracias que nos suceden, provienen de nuestra falta de tino.

Ejemplo de esta verdad es un pobre hombre que vive cerca de mi casa, y cuya historia, aun cuando nada tiene que pueda haceros reír, me parece conveniente referiros, como prueba que el mísero mortal, demasiado ciego para conocer lo mismo que le rodea, abriga sin embargo la presunción de penetrar en lo que está fuera de su dominio, y que, cuando tiene que escoger, se decide generalmente por lo peor o por lo más distante. Si así no fuese, y el hombre se limitase a mirar y comprender sólo lo que está en la esfera de su inteligencia, ¡cuántos disgustos no se evitarían las familias, y cuántas catástrofes la sociedad!

Llámase mi vecino D. Pedro de Zúñiga, y es hijo único de un escribano de cámara, enriquecido por medios que no es esta la ocasión oportuna de enumerar. Hasta la edad de veinte años, mi héroe vivió

NÚÑEZ DE ARCE

recogido en su casa como un cartujo, resguardado por el cariño materno y vigilado de cerca por un padre tiránico, suspicaz y caviloso.

Abrumado su corazón por el peso de los abrasadores deseos que hacían germinar en él las apasionadas lecturas a que en secreto se entregaba, corrompióse en silencio gastándose al borde de todos los placeres, sin disfrutar de ninguno, como flor que se marchita por demasiado cuidada, y que se inclina marchita sobre su tallo, sin haber recibido las caricias del aura ni los fecundos rayos del sol. Por desgracia, las almas solitarias se pervierten con más facilidad aún que las que brillan en el mundo, y la depravación es tanto más honda, cuanto que no se debe al conocimiento exacto de la sociedad, sino a las exageraciones de los libros.

Pero ¿qué corazón, por gastado que se halle, no alimenta algún sentimiento generoso? ¿En qué desierto, por árido que sea, no nace alguna flor?

Mi vecino, a pesar del extraño escepticismo que habían desarrollado en él las novelas de la escuela francesa, llegó a enamorarse perdidamente en los primeros años de su juventud de una pobre y hermosa huérfana, de quien fué correspondido. Zúñiga no supo o no quiso explicarse ese cariño, cuya pérdida lamenta ahora, y se empeñó en confundir el violento amor que le arrastraba en pos de Margarita, con un pasajero capricho, hasta con un sentimiento de vanidosa compasión.

—La infeliz me ama —se decía—, y debo corresponderla, aunque sólo sea por piedad.

114 En la época del romanticismo, Zúñiga hubiera

HISTORIA DE MI VECINO

creído alimentar pasión inextinguible; pero los tiempos habían cambiado. Ya las jóvenes no pedían al vinagre el color de los grandes tormentos morales, ni los hombres, encerrados en su melenudo sentimentalismo, arrastraban, como míseros mártires de la sociedad, su triste existencia por el mundo. Había pasado el tiempo de los *incomprendidos*, de las desventuras ocultas, de los pesares roedores, de las lágrimas, de los suicidios según la moda de Werther, de los amores contrariados, de las venganzas, de la desesperación y el desencanto. Ya ser *comprendido* por la humanidad no era cosa vulgar y prosaica, ni ser feliz la mayor de las desdichas.

Había empezado a penetrar en el corazón de la sociedad el seco y analítico materialismo que hoy la corroe; la frialdad había reemplazado al entusiasmo, la muerte a la vida.

Porque en aquella época, que blasona de escéptica, es cuando más despóticamente ha reinado en España la fe, que todo lo engrandece; entonces corrían los hombres al campo de batalla encendidos con ardor patriótico, entonces las causas se defendían; hoy se venden.

Verdad es que el tiempo a que me refiero tenía sus manías ridículas; y ¿cuál no las tiene? Que no había mujer entonces que no tuviese un par de adoradores enterrados para consagrar un suspiro a su memoria en presencia de un nuevo galán, ni amante que no hubiese sido engañado nueve veces para lamentarse de su desventura delante de quien le engañaba la décima, ni corazón que no se sintiese

NUÑEZ DE ARCE

lacerado, ni ojos sin lágrimas, ni ser amado vivo, ni poesía sin admiraciones ni puntos suspensivos...

Entonces se equivocaban los hombres por carta de más; ahora se equivocan por carta de menos. Entonces todo se achacaba al corazón; hoy se culpa todo a la cabeza. Entonces la sociedad creía sentir sólo; hoy cree que piensa sólo también. Exageración por exageración, prefiero la primera: una generación que quiere parecer vieja está muy cerca de serlo.

Zúñiga, herido por el ciego positivismo de su tiempo, desconocía sus propios sentimientos: el amor que le abrasaba el alma y la voz querida que le brindaba con la felicidad.

—Yo quiero oro —decía—; el amor es una mentira que puede explotarse, es un camino como otro cualquiera para llegar a la riqueza. Margarita es pobre...

Y, sin embargo, no pudiendo resistir a la influencia que le dominaba, acudía diariamente a los pies de la pobre huérfana.

Mas, como nunca se participa de dicha completa, el padre de mi vecino, que había formado sus planes para hacerle feliz —¡fatal empeño de todos los padres!— y que pretendía casarle con una rica heredera, llegó a enterarse de las peligrosas relaciones de su hijo.

Comprendiendo lo mucho que podían contrariar sus propósitos, decidió romperlas a toda costa; pero sus esfuerzos fueron inútiles: ni las amonestaciones, ni las amenazas, ni los mandatos, consiguieron

HISTORIA DE MI VECINO

hasta que un día, fatigado su padre de tan terca obstinación, le despidió, más para amedrentarle que para otra cosa, del hogar doméstico.

Mi vecino se alejó de su casa murmurando:

—Todo en el mundo es engaño; ¡hasta el amor paternal!

No tardó mucho, viéndose abandonado a sus propias fuerzas, en sentir las amarguras de la miseria; pero Zúñiga, que era hombre de tesón, no consintió por eso en doblegarse a las exigencias de su familia.

Vivió como pudo, y pudo bastante mal; jurando en el fondo de su alma no humillarse jamás a su padre, y

Antes morir que consentir tiranos.

Otro hombre, en su lugar, acaso se hubiera casado con Margarita, ya que por ella había sido despedido de los paternos lares; pero mi vecino no achacaba su resistencia al amor, sino al orgullo, y en todo pensó menos en lo que importaba para su ventura. Lejos de esto, se propuso buscar por diferente lado otra «proporción matrimonial» tan buena como la que había desechado; pues quería granjearse una posición independiente y desahogada para no transigir en ningún tiempo con los caprichos de su familia. Con este objeto comenzó a hacer señas a la hija de un banquero, célebre en la corte por sus ruidosas prodigalidades. La muchacha, que era jorobada y tan fea como apacible, no desperdició la ocasión que se le presentaba, pues Zúñiga es lo que se llama 117

todo un buen mozo, y admitió gustosamente sus interesados agasajos. ¡Ay! ¡hubo más! Como la pobre doncella no estaba acostumbrada a estas bromas, hizo de su primer amante una víctima, sacrificándole a fuerza de apasionadas atenciones y abrumadoras caricias. ¡Cuánto padeció el infeliz!

Un día, el cajero de la casa, que, sin saber por qué, le había cobrado afición, y comprendía los mezquinos pensamientos que le atormentaban, llamóle aparte para manifestarle que «no era oro todo cuanto relucía» y que su jefe se encontraba en situación mercantil bastante crítica. Como las novelas escépticas habían enseñado al ambicioso joven a no confiar en la buena fe de nadie, sospechó que el cajero debía tener algún motivo oculto para hablarle así, y que pretendía engañarle.

¿No podía también aspirar a la mano de la jorobada, y haber apelado a aquella estratagema para alejarle del campo, como a rival peligroso? Mi vecino celebró para sus adentros su propia penetración; rióse del pobre hombre que había tan cándidamente querido sorprender su credulidad, y se juzgó con toda su alma un fisiólogo profundo, para quien el corazón había dejado de tener secretos.

—¿Conque tan apurado se encuentra?—preguntó al cajero con aire de sorna.

—Y tanto —respondió éste ingenuamente—: hoy por hoy vive de trampas...

—Basta, caballero —exclamó Zúñiga con tono digno, grave y adecuado en todo a las circunstancias—. Ni le he pedido a usted explicaciones, ni las aprecio.

HISTORIA DE MI VECINO

El pobre cajero se quedó inmóvil y mudo como una estatua.

Por fin, los recursos de mi vecino se agotaron, y tuvo que pensar en su porvenir. El era osado; así es que con la mayor desenvoltura se presentó en casa del banquero, manifestándole sin rodeos ni ambages que amaba a su hija, que era correspondido y que deseaba casarse, para mayor honra y gloria de Dios. El banquero, que, aunque bolsista, abrigaba corazón cariñoso, dudó del amor de Zúñiga hacia la pobre jorobada. Imaginaba, y con razón, que el interés era la única pasión que movía al joven, y, para desengañarle, le confesó ingenuamente el mal estado a que habían llegado sus negocios.

El buen padre no quería labrar a sabiendas la desdicha de su hija.

Dios ciega a los que quiere perder. Mi vecino creyó también esta vez que le engañaban. Un hombre que ha leído a Sué y a Dumas no se deja sorprender tan fácilmente, y dijo para sí:

—¡Ah, tunante! ¡a otro perro con ese hueso! Has conocido que tu torcido vástago es demasiado feo para inspirar pasión alguna, y quieres penetrar mi intento valiéndote de un recurso de novela... Estos hombres de cálculo no tienen ninguno...

Después de haber hecho en un momento estas reflexiones, murmuró con trémulo y entrecortado acento:

—¡Ay, don Juan, qué mal me juzga usted! ¡Yo no busco en esta ocasión oro; busco el tesoro de abnegación y virtud que guarda usted en su casa!...

El banquero reflexionó. Conocía a la familia de 119

NÚÑEZ DE ARCE

Zúñiga, y sabía que era rica; así que creyó un partido ventajoso para su hija la propuesta unión. Disipáronse sus escrúpulos, y exclamó con voz conmovida, estrechando al joven entre sus brazos:

—Le creo a usted, amigo mío, y confío a usted ese ángel para que le haga feliz...

—Jamás hubiera creído que llegase a ceder tan pronto —dijo para sí mi vecino—. Pero, por lo visto, Dios protege a los pobres...

Aquella misma noche se despidió para siempre, con lágrimas en los ojos y el corazón traspasado de pena, de la enamorada Margarita.

¡Aun no había querido comprender el afecto que le dominaba!

A los seis días se efectuó su matrimonio.

Al mes pudo apreciar toda la malhadada franqueza de su suegro, que se declaró en quiebra. Al medio año supo que Margarita había heredado treinta mil duros de renta de un tío suyo, que sólo en la hora de la muerte ¡oh colmo de la felicidad! se acordó de que tenía una sobrina en el mundo.

Antes del año tuvo, en fin, que implorar el perdón de la familia para no morir de hambre, viéndose reducido al extremo de tener que aceptar una plaza de escribiente, que su padre, con el sólo objeto de humillarle, le proporcionó en su misma escribanía.

Entonces se apoderó de mi vecino una rabia ciega, profunda, implacable, cuyos efectos hacía recaer diariamente sobre su desventurada esposa. Esta sufrió por algún tiempo resignada el mal trato de su marido; pero fué tan repetido e inhumano, que al cabo **120** perdió la paciencia, y, de una santa que era, llegó

HISTORIA DE MI VECINO

a convertirse en furia del infierno, tan enredadora como chismosa, tan chismosa como insolente. Así es que, cuando los dolores de mi vecino parecían próximos a calmarse, su mujer, a quien ha hecho completamente variar de genio, se ha encargado de crearle nuevos tormentos, de martirizarle con sus gritos, con sus quejas y con su figura.

Hoy mi vecino no disfruta una hora de santa paz y concordia.

¿Quién no conoce en el mundo a algunos seres parecidos a don Pedro Zúñiga?

¿Quién también puede decir que alguna vez no ha dejado escapar la ventura de entre las manos? Cuando, merced a nuestra torpeza, nos sucede algún percance, damos detrás de la suerte, o del sino, o de la Providencia, para achacarles nuestros errores; y, bien examinado, puede decirse que, la mayor parte de las veces, ni el mendigo, ni el mal casado ni el mercader que se arruina, ni la mujer que se pierde, ni el joven que se desilusiona, ni el corazón que sufre, tienen derecho para quejarse de su desventura. El hombre, para no tener constantemente que estar riñendo consigo mismo, ha inventado la fatalidad.

1857.

INDICE

A mi amigo D. Juan Antonio Biedma	5
Las aventuras de un muerto	7
Sancho Gil	57
Historia de mi vecino	111

DICCIONARIOS

PUBLICADOS POR ESTA EDITORIAL

- VASTUS** Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Castellana.
- MAGNUS** Diccionario Ilustrado de la Lengua Castellana.
- BREVIS** Diccionario Práctico Castellano.
- PARVUS** Pequeño Diccionario Castellano.
- BENOT** Diccionario de Ideas Afines.
- BARCIA** Sinónimos Castellanos.
- GRATES** Diccionario de Sinónimos Castellanos.
- PEÑALVER** .. Diccionario de la Rima.

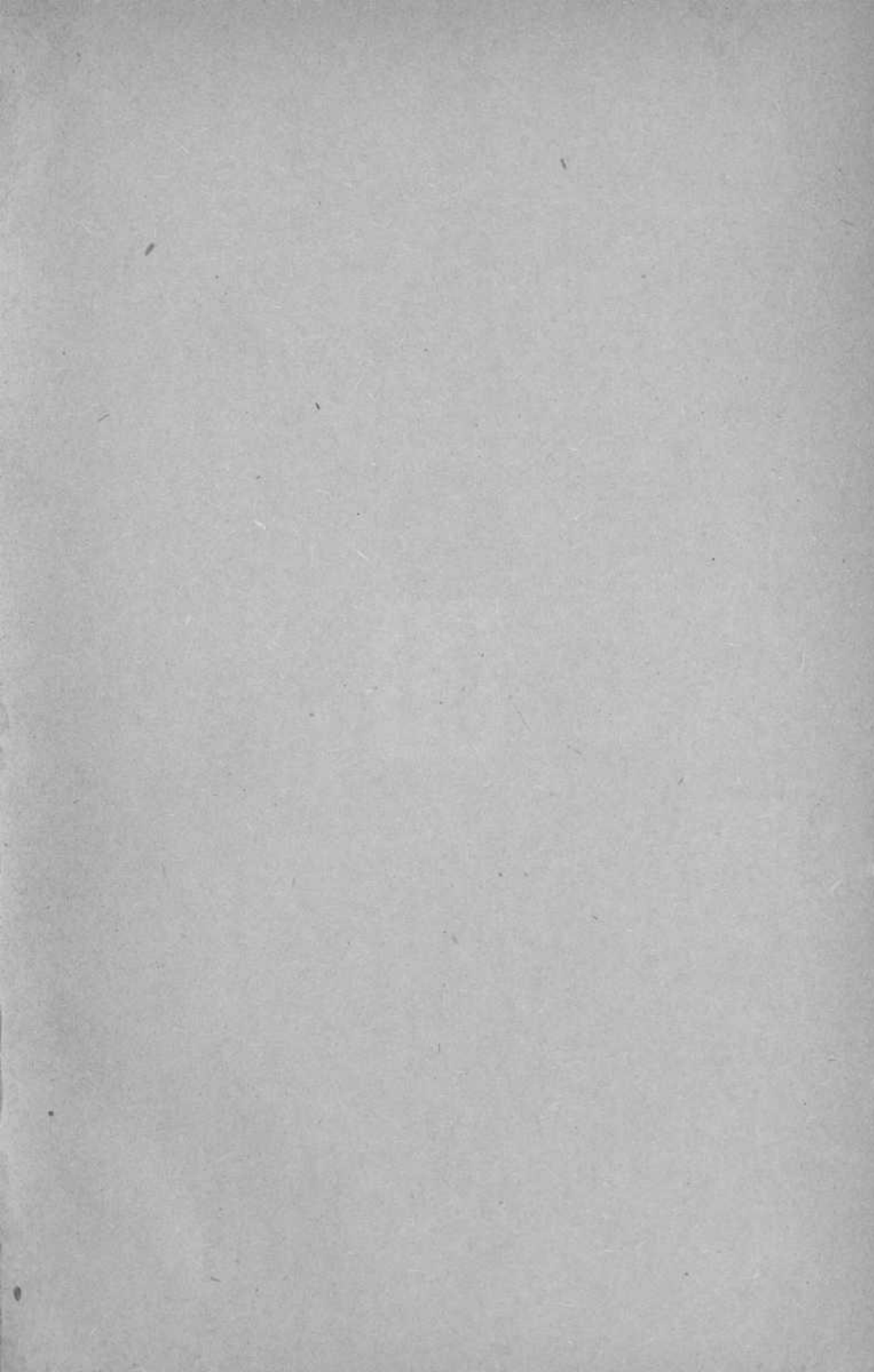
PARVUS BILINGUES { Inglés - Castellano.
Castellano - Inglés.
Francés - Castellano.
Castellano - Francés.
Italiano - Castellano.
Castellano - Italiano.
Portugués - Castellano.
Castellano - Portugués.
Alemán - Castellano.
Castellano - Alemán.

PARVUS DUPLEX { Inglés - Castellano y Castellano - Inglés.
Francés - Castellano y Castellano - Francés.
Italiano - Castellano y Castellano - Italiano.
Portugués - Castellano y Castellano - Portugués.
Latino - Castellano y Castellano - Latino.
Alemán - Castellano y Castellano - Alemán.

BREVIS BILINGUES { Inglés - Castellano.
Castellano - Inglés.
Italiano - Castellano.
Castellano - Italiano.
Francés - Castellano.
Castellano - Francés.
Alemán - Castellano.
Castellano - Alemán.

BREVIS DUPLEX { Inglés - Castellano y Castellano - Inglés.
Italiano - Castellano y Castellano - Italiano.
Francés - Castellano y Castellano - Francés.
Alemán - Castellano y Castellano - Alemán.

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS
TALLERES GRAFICOS ARSOPE
CERRITO 1533/41
BUENOS AIRES
EL DIA
23 DE FEBRERO DE 1946



COLECCION UNIVERSO

- ERASMO
Elogio de la Locura
- MANUEL ACUSA
Poesías Completas
- MARK TWAIN
Príncipe y Mendigo
- HEINE
Libro de los Cantares
- JOSE ASUNCION SILVA
Poesías Completas
- ABATE PREVOST
Manón Lescaut
- BAUDELAIRE
Pequeños Poemas en Prosa
- A. DAUDET
Safo
- Cartas desde mi Molino
- FRAY LUIS DE LEON
El Cantar de los Cantares
- BYRON
El Corsario - Lara
- SILVIO PELLICO
Mis Prisiones
- GAUTIER
La Novela de la Momia
- MAUPASSANT
Pedro y Juan
- VIGNY
Servidumbre y Grandeza Militares
- FEUILLET
La Novela de un Joven Pobre
- DICKENS
El Grillo del Hogar
- Cuento de Navidad
- BECQUER
Rimas
- CICERON
Diálogo de la Vejez
- Mme. DE LAFAYETTE
La Princesa de Cleves
- LAMARTINE
El Picapedrero de Saint-Point
- El Manuscrito de mi Madre
- GOETHE
Werther
- LUIS COLOMA
Por un Piojo... y La Gorriona
- GARCILASO DE LA VEGA
Obras Completas
- JOSE MARTI
San Martín - Bolívar -
Washington
- FEDERICO MISTRAL
Mireya
- TEOFRASTO
Los Caracteres
- TURGUENEV
Nido de Hidalgos
- Humo





VUÑEZ
DE ARCE

CUENTOS FANTASTICOS

CUENTOS

COLECCION
UNIVERSO



EDITORIAL
LOPENA
ARGENTINA